

## The Project Gutenberg eBook of Los favores del mundo, by Juan Ruiz de Alarcón

This ebook is for the use of anyone anywhere in the United States and most other parts of the world at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this ebook or online at [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org). If you are not located in the United States, you'll have to check the laws of the country where you are located before using this eBook.

Title: Los favores del mundo

Author: Juan Ruiz de Alarcón

Release date: June 14, 2006 [EBook #18580]

Language: Spanish

Credits: Produced by Chuck Greif, Stan Goodman, Miranda van de Heijning, and the Online Distributed Proofreaders Europe team at <http://dp.rastko.net>

\*\*\* START OF THE PROJECT GUTENBERG EBOOK LOS FAVORES DEL MUNDO \*\*\*

# DON JUAN RUIZ DE ALARCON

## LOS FAVORES DEL MUNDO

Edición de Pedro Henríquez Ureña

CULTURA MEXICO, 1922

TOMO XIV. No. 4

---

**PRELIMINAR**  
**EL MEXICANISMO DE ALARCON**  
**EL MEXICO DE ALARCON**  
**LA OBRA DE ALARCON**  
**ALARCON EL CORCOVADO**

**LOS FAVORES DEL MUNDO**  
**ACTO PRIMERO**  
**ACTO SEGUNDO**  
**ACTO TERCERO**

---

## PRELIMINAR

Dan Juan Ruiz de Alarcón nació en 1580 u 81 y murió en Madrid en 1639. Vivió su país natal hasta los veinte años; de 1600 a 1608 estuvo en España; regresó a México, y estuvo aquí otros seis años. En 1615 se le halla de nuevo en España, ya cerca de los treinta y cinco de su edad; y allí reside durante los veinticuatro que le restan de vida. Se dedicó dar producciones al teatro probablemente unos dos lustros. Publicó dos volúmenes de comedias, uno (*Primera parte*, que contiene ocho) en 1628 y otro (*Segunda parte*, que contiene doce) en 1634. Hay, publicadas separadamente, otras cuatro obras suyas; se le atribuyen, como colaborador o como autor, con poco fundamento las más veces, hasta otras diez obras. Con esta breve labor, sin embargo, entra a formar, con Lope, Calderón y Tirso, el cuarteto clásico del drama español.

El texto que se da aquí de *Los favores del mundo* (obra cuyo asunto es una leyenda en que figura un antecesor del dramaturgo) está rigurosamente cotejado con el de la *Primera parte* de las comedias de Alarcón, 1628. Se ha modernizado la puntuación y la ortografía, excepto en los casos en que la modernización implicaría cambiar la forma de las palabras: así, se ha conservado *vitoria* en vez de *victoria*, ahora en vez de *ahora* (las más veces), *efeto* en vez de *efecto* (y en una ocasión, al contrario, *respecto* en vez de *respeto*), *pensaldo* por *pensadlo*, *dalle* por *darle*, *vos intentastes* o *vos guardastes* en vez de *intentasteis* o *guardasteis*. Como las indicaciones de escenas y otras acotaciones que se introdujeron al reimprimirse las comedias en el siglo XIX

tienen utilidad para el lector moderno, se las ha conservado, pero entre corchetes []: todo lo que está entre corchetes, pues, es lo que no figura en la edición de 1628. Las acotaciones entre paréntesis (), en cambio, sí pertenecen a la edición primitiva.

P. H. U.

---

## EL MEXICANISMO DE ALARCÓN

En el teatro español de los siglos de oro, artificioso pero rico y brillante, Don Juan Ruiz de Alarcón manifestó personalidad singular. Entróse como aprendiz por los caminos que abrió Lope, y lo mismo ensaya la tragedia grandilocuente (en *El Anticristo*) que la comedia extravagante (en *La cueva de Salamanca*). Quiere, pues, conocer todos los recursos del mecanismo y medir sus propias fuerzas; día llega en que se da cuenta de sus capacidades reales, y entonces cultiva y perfecciona su huerto cerrado. No es rico en dones de poeta: carece por completo de virtud lírica; versifica con limpieza (salvo en los endecasílabos) y a veces con elegancia. No es audaz y pródigo como su maestro y enemigo, Lope, como sus amigos y rivales: es discreto (como mexicano), escribe poco, pule mucho, y se propone dar a sus comedias significación y sentido claros. No modifica, en apariencia, la fórmula del teatro español (por eso superficialmente no se le distingue entre sus émulos, y puede suponersele tan español como ellos); pero internamente su fórmula es otra.

El mundo de la comedia de Alarcón es, en lo exterior, el mismo mundo de la escuela de Lope: galanes nobles que pretenden, contra otros de su categoría, o más altos (frecuentemente príncipes), a damas vigiladas, no por madres que jamás existen, sino por padres, hermanos o tíos; enredos e intrigas de amor; conflictos de honor por el decoro femenino o la emulación de los caballeros; amor irreflexivo en el hombre, afición variable en la mujer; solución, la que salga, distribuyéndose matrimonios aun innecesarios o inconvenientes. Pero este mundo, que en la obra de los dramaturgos peninsulares vive y se agita vertiginosamente anudando y reanudando conflictos como en compleja danza de figuras, en Alarcón se mueve con menos rapidez: su marcha, su desarrollo son más mesurados y más calculados, sometidos a una lógica más estricta (salvo los desenlaces). Ya señaló en él Hartzzenbusch "la brevedad de los diálogos, el cuidado constante de evitar repeticiones, y la manera singular y rápida de cortar a veces los actos" (y las escenas). No se excede, si se le juzga comparativamente, en los enredos; mucho menos en las palabras; reduce los monólogos, las digresiones, los arranques líricos, las largas pláticas y disputas llenas de brillantes juegos de ingenio. Sólo los relatos suelen ser largos, por excesivo deseo de explicación, de lógica dramática. Sobre el ímpetu y la prodigalidad del español europeo que creó y divulgó el mecanismo de la *comedia* se ha impuesto, como fuerza moderadora, la prudente sobriedad, la discreción del mexicano.

Y son también de mexicano los dones de observación. La observación maliciosa y aguda, hecha con espíritu satírico, no es privilegio de ningún pueblo; pero, si bien el español la expresa con abundancia y desgarro (¿y qué mejor ejemplo, en las letras, que las inacabables diatribas de Quevedo?), el mexicano la guarda socarronamente para lanzarla, bajo concisa fórmula, en oportunidad inesperada. Las observaciones breves, las réplicas imprevistas, las fórmulas epigramáticas, abundan en Alarcón, y constituyen uno de los atractivos de su teatro. Y bastaría comparar, para este argumento, los enconados ataques que le dirigieron Quevedo mismo, y Lope, y Góngora, y otros ingenios eminentes,—si en esta ocasión mezquinos—, con las sobrias respuestas de Alarcón, por vía alusiva, en sus comedias, particularmente aquella, no ya satírica sino amarga, de *Los pechos privilegiados* (acto III, escena III):

Culpa a aquel que, de su alma  
olvidando los defetos,  
graceja con apodar  
lo que otro tiene en el cuerpo.

La observación de los caracteres y las costumbres es el recurso fundamental y constante de Alarcón, mientras en sus émulos es incidental: y nótese que digo la observación, no la reproducción espontánea de las costumbres ni la libre creación de los caracteres, en que no les vence. Este propósito de observación incesante se subordina a otro más alto: el fin moral, el deseo de dar a una verdad ética aspecto convincente de realidad artística.

Alarcón crea, dentro del antiguo teatro español, la especie, en éste solitaria, sin antecedentes calificados ni sucesión inmediata, de la *comedia de costumbres*. No sólo la crea para España, sino también para Francia: imitándolo, traduciéndolo, no sólo a una lengua diversa, sino a un sistema artístico diverso, Corneille introduce en Francia, con *Le menteur*, la alta comedia, que iba a ser en manos de Moliere labor fina y profunda. Esa comedia, al extender su imperio por todo el siglo XVIII, vuelve a entrar en España, para alcanzar nuevo apogeo, un tanto pálido, con Don Leandro Fernández de Moratín y su escuela, en la cual figura, significativamente, otro mexicano de discreta personalidad artística: Don Manuel Eduardo de Gorostiza.

Pero la nacionalidad no explica por completo al hombre. Las dotes de observador en nuestro dramaturgo, que coinciden con las de su pueblo, no son todo su caudal artístico: lo superior en él es la trasmutación de elementos morales en elementos estéticos, dón rara vez concedido a los creadores. Alarcón es singular, por eso, no sólo en la literatura española, sino en la literatura

universal.

Su nacionalidad no nos da la razón de su poder supremo; sólo su vida nos ayuda a comprender cómo se desarrolló. En un hombre de alto espíritu, como el suyo, la desgracia aguza la sensibilidad y estimula el pensar; y cuando la desgracia es perpetua e indestructible, la hiperestesia espiritual lleva fatalmente a una actitud y a un concepto de la vida hondamente definidos y tal vez excesivos. Ejemplo claro el de Leopardi.

En el caso de Alarcón, orgulloso y discreto, observador y reflexivo, la dura experiencia social le llevó a formar un código de ética práctica cuyos preceptos reaparecen a cada paso en las comedias.

No es una ética que esté en franco desacuerdo con la de los hidalgos de entonces, pero sí señala rumbos particulares, que a veces importan modificaciones. Piensa que vale más (usaré las expresiones clásicas) *lo que se es* que *lo que se tiene* o *lo que se representa*. Vale más la virtud que el talento y ambos más que los títulos de nobleza; pero éstos valen más que los favores del poderoso, y más, mucho más, que el dinero. Ya se ve: Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza vivió mucho tiempo con escasa fortuna, y sólo en la madurez alcanzó la posición económica apetecida. En cambio, sus títulos de nobleza eran excelentes, como que descendía de los Alarcones de Cuenca, ennoblecidos en la Edad Media, y de la ilustrísima casa de los Mendoza. Alarcón nos dice en todos los tonos y en todas las comedias—o punto menos—la incomparable nobleza de su estirpe: debilidad que le conocieron en su época y que le censura en su rebuscado y venenoso estilo Cristóbal Suárez de Figueroa.

El honor—¡desde luego! El honor debe ser cuidadosa preocupación de todo hombre y de toda mujer; y debe oponerse como principio superior a toda categoría social, aunque sea la realeza. Las nociones morales no pueden ser derogadas por ningún hombre, aunque sea rey, ni por motivo alguno, aunque sea la pasión legítima: el amor, o la defensa personal, o el castigo por deber familiar, supervivencia de moral antehistórica. Entre las virtudes ¡qué alta es la piedad! Alarcón llega a pronunciarse contra el duelo, y, sobre todo, contra el deseo de matar. Además, le son particularmente caras las virtudes que pueden llamarse lógicas: la sinceridad, la lealtad, la gratitud, así como la regla práctica que debe complementarlas: la discreción. Y por último, hay una virtud de tercer orden que estimaba en mucho: la cortesía. Proverbial era la cortesía de Nueva España precisamente en los tiempos de nuestro dramaturgo: "cortés como un indio mexicano", dice en el *Marcos de Obregón* Vicente Espinel. Poco antes, el médico español Juan de Cárdenas celebraba la urbanidad de México comparándola con el trato del peninsular recién llegado a América. A fines del siglo XVII decía el Venerable Palafox, al hablar de las *Virtudes del Indio*: "La cortesía es grandísima." Y en el siglo XIX ¿no fué la cortesía uno de los rasgos que mejor observaron los sagaces ojos de Madame Calderón de la Barca? Alarcón mismo fué sin duda muy cortés: Quevedo, con su irrefrenable maledicencia, lo llamaba "mosca y zalamero." Y en sus comedias, se nota una abundancia de expresiones de cortesía y amabilidad que contrasta con la usual omisión de ellas en los dramaturgos peninsulares.

Grande cosa—piensa Alarcón—es el amor; ¿pero es posible alcanzarlo? La mujer es voluble, inconstante, falsa; se enamora del buen talle, o del pomposo título, o—cosa peor—del dinero. Sobre todo la abominable, la mezquina mujer de Madrid, que vive soñando con que la obsequien en las tiendas de plateros. La amistad le parece afecto más desinteresado, más firme, más seguro. Y ¡cómo no había de ser así su personal experiencia!

El interés que brinda este conjunto de conceptos sobre la vida humana es que se les ve aparecer constantemente como motivos de acción, como estímulos de conducta. No hay en Alarcón tesis que se planteen y desarrollen, silogísticamente, como en ciertos dramas del siglo XIX; no surgen tampoco bruscamente, con ocasión de conflictos excepcionales, como en *García del Castañar* o *El Alcalde de Zalamea*: pues el teatro de los españoles europeos, fuera de los casos extraordinarios, se contenta con normas convencionales, en las que no se paran largas mentes. No: las ideas morales de este que fué "moralista entre hombres de imaginación" (según Hartzenbusch) circulan libre y normalmente, y se incorporan al tejido de la comedia, sin pesar sobre ella ni convertirla en disertación metódica. Por lo común, aparecen bajo forma breve, concisa, como incidentes del diálogo; o bien se encarnan en un ejemplo, tanto más convincente cuanto que no es un tipo unilateral: tales, el Don García de *La verdad sospechosa* y el Don Mendo de *Las paredes oyen* (ejemplos a contrario) o el Garci-Ruiz de Alarcón de *Los favores del Mundo* y el Marqués Don Fadrique de *Ganar amigos*.

El don de crear personajes es el tercero de los grandes dones de Alarcón. Para desarrollarlo, le valió de mucho el amplio movimiento del teatro español, cuya libertad cinematográfica (semejante a la del inglés *isabelino*) permitía mostrar a los personajes en todas las situaciones interesantes para la acción, cualesquiera que fuesen el lugar y el tiempo; y así, bajo el principio de unidad lógica que impone a sus caracteres, gozan éstos de extenso margen para manifestarse como seres capaces de aficiones diversas. No sólo son individualidades con vida amplia, sino que su creador los trata con simpatía: a las mujeres, no tanto (oponiéndose en esto a su compañero ocasional, Tirso); a los protagonistas masculinos sí, aun a los viciosos. Por momentos diríase que en *La verdad sospechosa* Alarcón está de parte de Don García, y hasta esperamos que prorrumpa en un elogio de la mentira, como después lo harían Mark Twain u Oscar Wilde. Y ¿qué personaje hay, en todo el teatro español, de tan curiosa fisonomía como *Don Domingo de Don Blas*, apologista de la conducta lógica y de la vida sencilla y cómoda, sin cuidado del qué dirán; paradójico en apariencia pero profundamente humano; personaje digno de la literatura inglesa, en opinión de Wolf; digno de Bernard Shaw, puede afirmarse hoy?

Pero, además, en el mundo alarcóniano se dulcifica la vida turbulenta, de perpetua lucha e intriga, que reina en el drama de Lope o de Tirso, así como la vida de la colonia era mucho más tranquila que la de su metrópoli: se está más en la casa que en la calle: no siempre hay desafíos; hay más discreción y tolerancia en la conducta; las relaciones humanas son más fáciles, y los afectos, especialmente la amistad, se manifiestan de modo más normal e íntimo, con menos aparato de conflicto, de excepción y de prueba. El propósito moral y el temperamento meditativo de Alarcón iluminan con pálida luz y tiñen de gris melancólico este mundo estético, dibujado con líneas claras y firmes, más regular y más sereno que el de los dramaturgos españoles, pero sin sus riquezas de color y forma.

Todas estas cualidades, que en parte se derivan de su propio genio, original e irreducible, en parte de su experiencia de la vida, y en parte de su nacionalidad y educación mexicanas, todas ellas, colocadas dentro del marco de la tradición literaria española, hacen de Alarcón, como magistralmente dijo Menéndez y Pelayo, "*el clásico de un teatro romántico*, sin quebrantar la fórmula de aquel teatro ni amenguar los derechos de la imaginación en aras de una preceptiva estrecha o de un dogmatismo ético"; dramaturgo que encontró "por instinto o por estudio aquel punto cuasi imperceptible en que la emoción moral llega a ser fuente de emoción estética, y, sin aparato pedagógico, a la vez que conmueve el alma y enciende la fantasía, adoctrina el entendimiento como en escuela de virtud, generosidad y cortesía."

Hay en su obra ensayos que no pertenecen al tipo de comedia que desarrolló y perfeccionó. De ellos, el más importante es *El tejedor de Segovia*, brillante drama novelesco, de extravagante asunto romántico, pero a través del cual se descubre la musa propia de Alarcón, predicando contra la matanza y definiendo la suprema nobleza. Ni debe olvidarse *El Anticristo*, tragedia religiosa inferior a las de Calderón y Tirso; de argumento a ratos monstruoso; pero donde sobresale, por sus actitudes hieráticas, la figura de Sofía, y donde se encuentran pasajes de los más elocuentes de su autor, de los que más se acercan al tono lírico: así el que comienza: "Babilonia, Babilonia"...

---

Tiene la comedia dos grandes tradiciones, que suelen llamarse, recortando el sentido de las palabras, romántica y clásica, o poética y realista. Ambas reconocen como base necesaria la creación de vida estética, de personajes activos y situaciones ingeniosas; pero la primera se entrega desinteresadamente a la imaginación, a la alegría de vivir, a las emociones amables, al deseo de ideales sencillos, y confina a veces con el idilio y con la utopía, como en *Las aves* de Aristófanes y *La tempestad* de Shakespeare: la segunda quiere ser espejo de la vida social y crítica en acción de las costumbres, se ciñe a la observación exacta de hábitos y caracteres, y a menudo se aproxima a la tarea del moralista psicólogo, como Teofrasto o Montaigne. De la primera han gustado genios mayores: Aristófanes y Shakespeare, Lope y Tirso. Los representantes de la segunda son artistas limitados, pero admirables señores de su dominio, cultores delicados y perfectos. De su tradición es patriarca Menandro: a ella pertenecen Plauto y Terencio, Ben Jonson, Moliere y su numerosa secuela. Alarcón es su representante de genio en la literatura española,—muy por encima de Moratín y su grupo,—y México debe contar como blasón propio haber dado bases, con elementos de carácter nacional, a la constitución de esa personalidad singular y egregia.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

(*Don Juan Ruiz de Alarcón*, conferencia de 1913).

---

## EL MEXICO DE ALARCON

Hacia 1581 nació—en la ciudad de México—Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza. Por su padre, Pedro Ruiz de Alarcón, descendía de una noble familia de Cuenca, y por su madre, doña Leonor de Mendoza, estaba emparentado con lo más ilustre de España. Su abuelo materno, Hernando de Mendoza, se había establecido en la Nueva España, tal vez buscando la protección del primer virrey, el benemérito Don Antonio de Mendoza, que era su pariente. A la nobleza de su nombre en España, unía la familia el título de ser una de las más antiguas de la colonia. Don Pedro, el padre del poeta, figura como minero del Real de Taxco, población del actual Estado de Guerrero, al Sur de la ciudad de México, que los viejos libros describen como famosa por sus ricos metales, y "siempre apreciable por la benignidad de su temperamento, por lo sereno y apacible de su cielo, por la bondad de sus aguas"<sup>[1]</sup>. Decaída de su antiguo esplendor hacia fines del siglo XVIII, conserva todavía hermosos templos y casas señoriales que se destacan sobre el paisaje de líneas puras y el dibujo fino de la serranía<sup>[2]</sup>. Los conquistadores habían acudido a Taxco atraídos por la fama de que sus minas pagaban al emperador Moctezuma el vasallaje en ladrillos de oro.

La ciudad de México,—en cuya Universidad comienza Alarcón sus estudios por 1592,—fundada según las líneas de la villa española, tenía ya, a fines del siglo XVI, un carácter propio, impuesto por las condiciones sociales en que se desarrolló la Conquista. La raza triunfante vivía de la raza postrada, y todo criollo, por el hecho mismo de serlo, estaba acostumbrado a portarse como señor. Pronto la sociedad cobra un tinte de reposada aristocracia, que contrasta vivamente con el

ímpetu aventurero del español recién venido. Mientras las Indias son para el peninsular algo como un revuelto paraíso de lucro y de placer, el nativo de ellas las tiene por tierra de natural nobleza.

Don Juan heredaba, pues, con su nombre, las preocupaciones de una nobleza añeja y legítima, y el orgullo delicado del criollo español bien quisto, pariente y amigo de virreyes. Siempre le había de envanecer este timbre, y más tarde, había de atraerle las burlas de los desenfadados ingenios de Madrid. Por toda su obra se nota el rastro que dejó en su espíritu el trato de la sociedad colonial y el recuerdo de su vida aristocrática.

Para los tiempos de Alarcón—y aun medio siglo antes, cuando la describe Francisco Cervantes de Salazar en *sus Diálogos latinos*—ya tenía la ciudad de México ese aspecto monumental que, en continuada tradición, había de hacer de ella la más hermosa ciudad del Nuevo Mundo. Más tarde, como todos los mexicanos saben, Alejandro de Humboldt la llamaría *la ciudad de los palacios*<sup>[3]</sup>. A través de su comba lenta de poeta, Bernardo de Valbuena nos la hace ver en 1603 revestida de extraordinaria belleza.

La Universidad de México fué fundada a mediados del siglo XVI, con todos los privilegios y pompas de la salmantina; y ampliando poco a poco su plan, llegó a ser una buena copia de su modelo. En tiempos de Alarcón, conquistada la parte mejor de la tierra, la carrera de las letras comenzaba a ser más deseable que las de las armas para los hijos de buena familia que aspiraban a los cargos del Estado.

De España habían ido a servir a la nueva Universidad varones tan doctos como el mismo Cervantes de Salazar, el jurista Bartolomé Frías de Albornoz, celebrado por el Brocense, y el filósofo aristotélico Fray Alonso de la Veracruz, grande amigo de Fray Luis de León. Y ya las amplias posibilidades de la vida mexicana habían atraído a poetas y literatos como Gutierre de Cetina, Juan de la Cueva, Eugenio Salazar de Alarcón, sin contar la multitud de cronistas que acudían a relatar las que entonces se llamaban "hazañas de la Iglesia". Poco después, durante la juventud de Alarcón, fueron a México Luis de Belmonte, Diego Mejía, Mateo Alemán. Y buen testimonio de la cultura propia de México dan los poetas como Francisco de Terrazas y Antonio de Saavedra Guzmán. Beristáin, en su *Bibliografía* (1816-21), cita más de cien literatos sólo en el siglo XVI, y Fernán González de Eslava, en uno de sus *Coloquios espirituales* (1610) hace decir a Doña Murmuración desenfadadamente que "hay más poetas que estiércol". González de Eslava—no se sabe si de extracción española—es ya un poeta de educación mexicana, como asimismo lo fué Bernardo de Valbuena.

La imprenta, cuya actividad comenzara desde 1539, había ya tenido tiempo de hacer cerca de doscientas publicaciones para fines del siglo<sup>[4]</sup>.

El teatro, finalmente, inaugurado por los misioneros para objetos de catequismo, se desarrolló de tal manera, que ya por 1597 tenía edificio propio en la *casa de comedias* de don Francisco de León. Poco después, al decir de Valbuena, hubo "fiesta y comedias nuevas cada día"<sup>[5]</sup>.

Así pues, cuando don Juan Ruiz de Alarcón—acabados en aquella Universidad los estudios de Artes y casi todos los de Cánones,—se embarcó para la vieja España en 1600, con ánimo de continuar su carrera en la famosa Salamanca, había ya vivido en un ambiente de sello inconfundible y propio los veinte primeros años de la vida, que es cuando se labran para siempre los rasgos de toda psicología normal.

ALFONSO REYES

(Prólogo a la edición Calleja de *Páginas escogidas de Alarcón*, Madrid, 1918).

---

## LA OBRA DE ALARCON

Representa la obra de Alarcón una mesurada protesta contra Lope, dentro, sin embargo, de las grandes líneas que éste impuso al teatro español. A veces sigue muy de cerca al maestro, pero en otras logra manifestar su temperamento de moralista práctico de un modo más independiente. Y, en uno y otro caso, da una nota sobria, y le distingue una desconfianza general de los convencionalismos acostumbrados, un apego a las cosas de valor cotidiano, que es de una profunda modernidad, y hasta una escasez de vuelos líricos, provechosamente compensada por ese tono "conversable y discreto" tan adecuado para el teatro. Nota Pedro Henríquez Ureña que es Alarcón un temperamento en sordina, preciosa anomalía de un siglo ruidoso; y Menéndez Pelayo escribe: "Su gloria principal será siempre la de haber sido el clásico de un teatro romántico, sin quebrantar la fórmula de aquel teatro ni amenguar los derechos de la imaginación en aras de una preceptiva estrecha o de un dogmatismo ético; la de haber encontrado, por instinto o por estudio, aquel punto cuasi imperceptible en que la emoción moral llega a ser fuente de emoción estética..."

Complejísima debió ser la elaboración de esta psicología refinada. Un claro sentimiento de la dignidad humana parece ser su último fondo, y a medida que del yo íntimo avanzamos hacia sus manifestaciones sociales y estéticas, vamos encontrando, como otras tantas atmósferas espirituales, un viril amor de la sinceridad, que nunca desciende a la crudeza; un gran entusiasmo por la razón, que quisiera instaurar sobre la tierra el régimen de la inteligencia, y



siempre dedicado a mostrarnos el desconcierto de las existencias que gravitan fuera de esta ley superior; cierto orgullo caballeresco del nombre y la prosapia, por afición al mayor decoro de la vida, como una nueva dignidad que sirve de máscara a la dignidad interior; el gusto de la cortesía y el cultivo de las buenas formas, freno perpetuo de la brutalidad, que hace vivir a los hombres en un delicado sobresalto; el disgusto de la rutina y los convencionalismos de su arte, pero sin consentirse—por el culto de la moderación—estallidos revolucionarios; una elegancia epigramática en sus palabras, y en sus retratos un objetivismo discreto; una actitud de cavilación ante la vida, ocasionada tal vez por su desgracia y defectos personales, y hasta por cierta condición de extranjero, que todos se encargaban de recordarle; finalmente, una apelación a todas las fuerzas organizadoras de que el hombre dispone, una fe perenne en la armonía, un ansia de mayor cordialidad humana, que imponen a su vida y a su obra un sello de candidez.

Entre la revuelta jauría literaria, burlado y herido, Ruiz de Alarcón no se convence de que la naturaleza humana sea fundamentalmente mala, y busca por todos los medios una convicción externa, objetiva. Satisfecho de su fama poética, reclama, con decente naturalidad, su parte en las comodidades del mundo, y entonces aspira a ser un buen ministro. Dudamos de que haya sido feliz; nada sabemos de su hogar, e ignoramos quién era Angela Cervantes. Pero ¡noble amor el de la fama! Él cuida al poeta como un verdadero demonio familiar y, descontando las penalidades presentes, le permite proyectar a través del tiempo la imagen más pura de sí mismo, y la más feliz. El arte es también desquite de la vida, y bienaventurado el que puede alzar la estatua de su alma con los despojos de esta realidad que todos los días nos asalta.

*Una mesurada protesta contra Lope.*—No sólo por su posición crítica ante algunas convenciones del teatro, como la conducta de sus graciosos, que—dice Barry—, a pesar de Lope y de la antigüedad, no son siempre bribones, ni siempre se casan necesariamente al tiempo que sus amos<sup>[6]</sup>. De esta rutina, que da por momentos a la comedia cierto aire de danza ritual, a través de las situaciones simétricas y contrarias de amos y criados, ya se burlaba Quevedo en la "Premática" inserta en *El Buscón*; también Tirso de Molina censura la intimidad inverosímil entre el amo y el criado<sup>[7]</sup>. Ni siquiera pararon siempre en casamiento las comedias de Alarcón, aunque no sea único en esto. No era su teatro un teatro de fantasía y diversión como el de Tirso, sino de realismo y pintura de caracteres. Pero nada de esto le es privativo, aunque todo ello concurra a darle relieve distinto. Sino que en Lope, en el tipo fundamental de la comedia española, la invención lo es todo, y aquella ráfaga avasalladora de acción deshace hasta la psicología, y si no arrasa también la ética (yo creo que muchas veces la arrasa), es porque el sentido moral se salva prendido provisionalmente a las nociones mecánicas del "honor". Alarcón, en cambio, procura que su acción tenga una verdad interna y, como no puede menos de valerse de convenciones, hace disertar a sus personajes—tal sucede en *La verdad sospechosa*—, para que se demuestren a sí mismos, por decirlo así, la verosimilitud de la acción en que están comprometidos; y, de tiempo en tiempo, pone en sus labios resúmenes de los episodios que nos permitan apreciar su sentido. Por eso decía Barry que se propone desarrollar una sola intriga, huyendo de la confusión de asuntos, y que "no sin cierta dificultad" la lleva a término. Esto paga a la debilidad de los recursos dramáticos de su tiempo. Algo de aquel disgusto por lo convencional que su "Don Domingo de don Blas" lleva a las cosas de la vida, anima a Alarcón en la esfera del arte. Y *La verdad sospechosa*, su obra más característica, verdadero compendio de su teatro, ¿no podría también interpretarse como una ironía inconsciente de los procedimientos teatrales en boga? Su final es frío y desconsolador: Corneille no se atrevió a conservarlo en su adaptación francesa (*Le menteur*), anulando el sentido que la comedia tiene hoy para nosotros. Como en un cuento del humorista norteamericano Mark Twain, la acción procede de una en otra mixtificación, hasta que el héroe tropieza contra un verdadero muro infranqueable. Lo ordinario es que en el teatro español los héroes se abran paso de cualquier modo; pero en *La verdad sospechosa*—si no para Alarcón, sí para sus lectores modernos—las leyes del orden, las fuerzas de la razón se vengan: "La mano doy, pues es fuerza", dice Don García, y éste es el resultado más lógico de su trama de embustes.

ALFONSO REYES

(Prólogo a la edición de *La verdad sospechosa* y *Las paredes oyen* en los Clásicos Castellanos de La Lectura, Madrid, 1918)

---

## ALARCON EL CORCOVADO

Entre las fisonomías literarias españolas que el tiempo y la investigación erudita han ido aclarando y definiendo, pocas más afortunadas que la de Don Juan Ruiz de Alarcón. De una parte, ha contribuido a ello su relativa sobriedad en el producir. Sólo veintitantas comedias tenemos de su mano. Ante la inagotable vena de otros contemporáneos suyos, de Tirso, por ejemplo, para no hablar de Lope, a quien nadie quizá leyó nunca por entero, esta continencia de Alarcón es ya, por sí sola, hartamente característica. De otra parte, el hecho de haber nacido en el mundo colonial le ha valido a Alarcón buen número de aficionados y devotos en las nuevas generaciones de aquellos países, que hoy entran con marcha segura en los nuevos métodos históricoliterarios, ganosas de escudriñar cuanto haya de grande y de bello en su pasado próximo. Después del trabajo respetable de Don Luis Fernández Guerra, ya anticuado, y de las aportaciones de Pérez Pastor y Rodríguez Marín,—sin contar algunas sugerencias de Menéndez y Pelayo, felicísimas y muy luminosas, con estar hechas de pasada,—los estudios alarconianos han tomado nuevo impulso en

América, merced a las rebuscas eruditas de Don Nicolás Rangel, y sobre todo a la honda labor de Don Pedro Henríquez Ureña. Ahora en Madrid salen simultáneamente dos volúmenes de Alarcón, uno con dos comedias, en la colección de *Clásicos castellanos*, y otro de *Páginas escogidas*, en la *Biblioteca Calleja*, ambos por diligencia de Don Alfonso Reyes, que los ha ilustrado con importante labor crítica en prólogos y anotaciones.

Resumen estos libros todo lo hecho hasta aquí en el estudio de Alarcón, tanto en investigaciones documentales como en interpretación estética; hay, además, en ellos cuanto podría esperarse, conocidas la seriedad y cultura del literato que los ha dado a la imprenta. La ciencia literaria, la seguridad del gusto, la novedad expositiva, tan rica en alusiones y puntos de vista, con que los papeles críticos que avaloran la fidelidad de los textos están trazados, son dignos de incondicional encomio. A estos libros tendrá que acudir en adelante todo el que se interese por el autor de *La verdad sospechosa*.

Podemos ver aquí cómo es Alarcón. Las burlas de que fué objeto por parte de sus contemporáneos han llegado hasta nosotros, más todavía que sus comedias, casi nunca representadas en tiempos recientes. Son éstas, al lado de las de Lope, ruidosas, gallardas, empenachadas, o de la insinuante agudeza de las de Tirso, modelos de reposo y de discreción; en ellas la razón se impone y la fantasía se somete. Acaso la poesía también: es raro, en Alarcón, el transporte lírico, tan frecuente en los dramáticos de su tiempo. Las escasas obras no teatrales que de él nos quedan son versos de circunstancias, sin mérito alguno. Es el hombre de teatro, sin cariño por las demás formas literarias; y aun sus comedias parece que las consideró como *virtuosos efectos de la necesidad*, para entretener la espera de los cargos que pretendía. Logrados sus anhelos, casi se aparta del teatro. Desde 1626 ya es persona importante: relator interino primero, propietario después, en el Consejo de Indias. Cuando publica sus comedias, en 1628 y en 1634, la vida literaria es cosa pasada para él.

Los epigramas que le dispararon sus émulos, reunidos en antología, pueden caracterizar el Parnaso de los comienzos del siglo XVII. Con *La que adelante y atrás—gémina concha te viste*, se retrata en vocabulario e inversión Don Luis de Góngora. ¿Quién sino Quevedo podría decir: *Don Talegas—por una y por otra parte*? Tantas alusiones a su desdichada figura, aunque él procurase pararlas con alfilerazos y donaires, habían de amargarle la vida. Hasta en sus finos modales y atildada cortesía encontraban reparo los ingenios de la corte; les parecerían—y en eso la corte no ha tenido tiempo de variar en tres siglos—marca segura de inferioridad provinciana.

El pobre corcovado, zaherido a todas horas y en todas partes, repetiría más de una vez, para sus adentros, aquella redondilla que escribió en *Las paredes oyen*:

En el hombre no has de ver  
la hermosura o gentileza:  
su hermosura es la nobleza;  
su gentileza, el saber.

De noble y bien nacido blasonó siempre Alarcón; el tono moderado y severo de moralista, que le señala y distingue entre todos los dramáticos de su época, casa muy bien con tales aspiraciones, desesperadamente abrazadas, a la falta de otros ideales, que huían de su figurilla contrahecha. Esa redondilla, que si fuera de Lope se nos había de antojar afectada y pegadiza, en Alarcón asume plena virtud representativa y vale por una confesión.

ENRIQUE DíEZ-CANEDO

(*Divagaciones literarias*, Madrid, 1922).

---

## LOS FAVORES DEL MUNDO

### Comedia en tres actos.

#### PERSONAS:

GARCI-RUIZ DE ALARCON.  
DON JUAN DE LUNA.  
EL PRINCIPE DON ENRIQUE.  
DON DIEGO, viejo, tío de Anarda.  
EL CONDE MAURICIO.  
LEONARDO, su criado.  
HERNANDO, gracioso.  
GERARDO, paje del Príncipe.  
ANARDA, dama.  
JULIA, dama.  
INÉS, criada de Anarda.  
BUITRAGO, escudero.  
DOS PAJES.  
[CRIADOS.]

[La escena es en Madrid.]

## ACTO PRIMERO

[Llano al pie del parque de Madrid.]

### [ESCENA PRIMERA]

[Salen GARCIA y HERNANDO, de color.]

HERNANDO. ¡Lindo lugar!

GARCIA. El mejor;  
todos, con él, son aldeas.

HERNANDO. Seis años ha que rodeas  
aqueste globo inferior,  
y no ví en su redondez  
hermosura tan extraña.

GARCIA. Es corte del rey de España,  
que es decillo de una vez.

HERNANDO. ¡Hermosas casas!

GARCIA. Lucidas;  
no tan fuertes como bellas.

HERNANDO. Aquí, las mujeres y ellas  
son en eso parecidas.

GARCIA. Que edifiquen al revés  
mayor novedad me ha hecho;  
que primero hacen el techo,  
y las paredes después.

HERNANDO. Lo mismo, señor, verás  
en la mujer, que adereza,  
al vestirse, la cabeza  
primero que lo demás.

GARCIA. Bizarras las damas son.

HERNANDO. Diestras, pudieras decir  
en la herida del pedir,  
que es su primera intención.  
Cífrase, si has advertido,  
en la de mejor sujeto,  
toda la gala en el peto,  
toda la gracia en el pido.  
Tanto la intención cruel  
sólo a este fin enderezan,  
que si el "Padre nuestro" rezan,  
es porque piden con él.  
Hoy a la mozuela roja  
que en nuestra esquina verás,  
dije al pasar: ¿Cómo estás?  
y respondió: Para aloja.

GARCIA. Con todo, siento afición  
de Madrid en tí.

HERNANDO. Y me hicieras  
merced, si aquí fenecieras  
esta peregrinación;  
que molerán a un diamante



seis años de caminar  
de un lugar a otro lugar,  
hecho caballero andante.

GARCIA. Hernando, estoy agraviado,  
y según leyes de honor,  
debo hallar a mi ofensor;  
no basta haberlo buscado.  
Mas no pienses que me canso,  
que hasta llegar a matalle,  
de suerte estoy, que el buscallo  
tengo solo por descanso.  
No a mitigarme es bastante  
tiempo, cansancio ni enojos;  
que siempre tengo en los ojos  
aquel afrentoso guante.  
¡Ah, cielos! ¿en qué lugar  
escondeis un hombre así?  
¡Cielos, o matadme a mí,  
o dejádmelo matar!  
Yo, que en la africana tierra  
tantos moros he vencido;  
yo, que por mi espada he sido  
el asombro de la guerra;  
yo, que en tan diversas partes  
fijé, a pesar del pagano  
y el hereje, con mi mano  
católicos estandartes,  
¿he de vivir agraviado  
tantos años, cielo? ¿Es bien  
que esté deshonorado quien  
tantas honras os ha dado?

HERNANDO. Por Dios te pido, señor,  
que no te aflijas así;  
que yo espero en Dios que aquí  
has de restaurar tu honor.  
Si las señas no han mentido,  
Don Juan en Madrid está;  
sufre lo menos, pues ya  
lo más, señor, has sufrido.  
Deja esa pena inhumana,  
no pienses en tu contrario.

GARCIA. Es pedir al cuartanario  
que no piense en la quartana.

HERNANDO. Diviértete, considera  
cómo está en caniculares,  
con ser pobre, Manzanares,  
tan honrada su ribera,  
que dél dijo una señora,  
cuyo saber he envidiado,  
que es, por lo pobre y honrado,  
hidalgo de los de agora.  
Bien puede aliviar tus males  
ver ese parque, abundoso  
de conejo temeroso,  
blanco de tiros reales.

GARCIA. Detente. ¿No es mi enemigo  
el que miro?

HERNANDO. ¿Don Juan?

GARCIA. Sí,  
el que viene hablando allí,  
con aquel coche...

HERNANDO. Yo digo  
que me parece Don Juan,  
pero no puedo afirmarlo.

GARCIA. Ya ves que importa no errallo.  
Pues tan divertidos van,

al descuido has de acercarte,  
y con cuidado mirar  
si es él, que yo quiero estar  
escondido en esta parte  
hasta que vuelvas. Advierte  
que certificado quedes;  
despacio mirarlo puedes,  
que él no podrá conocerte.

HERNANDO. El coche paró; una dama  
sale; él sirve de escudero.

GARCIA. Acaba, vete.

HERNANDO. El cochero  
me dirá cómo se llama. (*Vase.*)

(Salen Anarda y Julia con mantos, y don Juan.)

[*Vase Hernando, García se esconde a un lado, y por  
el opuesto salen Anarda, Julia y Don Juan.*]

## [ESCENA II]

[ANARDA y JULIA con mantos; DON JUAN.—GARCIA, oculto]

JUAN. El Príncipe, mi señor,  
que deste parque en la cuesta  
dando está con la ballesta  
lición y envidia al amor,  
como vuestro coche vio,  
contento y alborotado,  
a daros este recado,  
bella Anarda, me envió.  
Miraldo en aquel repecho,  
sobre el hombro la ballesta,  
la mira en el blanco puesta,  
que sigue tan sin provecho.

ANARDA. Al parque, Don Juan, subiera,  
no dando que murmurar;  
mas está todo el lugar  
de ese río en la ribera.  
Perdón me ha de dar su Alteza,  
y porque pueda advertir  
que nace en mí el no subir  
de honor, y no de esquivanza,  
aquí me quiero asentar,  
(*Siéntanse las damas, Don Juan se arrodilla.*)  
donde el Príncipe me vea,  
que ver lo que se desea,  
algo tiene de gozar;  
y vos, que con él priváis,  
estaos aquí, porque arguya  
que esta fortaleza es suya,  
pues por alcaide quedáis.

JULIA. [*Hablando aparte con Anarda.*]  
Parece que se mitiga  
tu acostumbrado rigor.

ANARDA. A esto me obliga el temor,  
ya que el amor no me obliga.  
¿De rodillas? [*A Don Juan.*]

JUAN. Tus despojos  
adoro.

ANARDA. Mucho te humillas.

JUAN. ¿No pondré yo las rodillas

donde el Príncipe los ojos?  
Y cuando no a tu deidad  
tal veneración le diera,  
a tu prima se la hiciera,  
pues adoro su beldad.

(Sale Hernando.)

### [ESCENA III]

[HERNANDO.—ANARDA, JULIA, DON JUAN, GARCIA.]

GARCIA. [*Saliendo al encuentro a Hernando y hablando con él, sin ser vistos de Don Juan ni las damas.*]  
¿Es Don Juan?

HERNANDO. Sin duda alguna,  
que yo pregunté al cochero:  
¿quién es este caballero?  
y dijo: Don Juan de Luna.

GARCIA. En cas del embajador  
de Ingalaterra te espero.  
Con mis joyas y dinero  
ponte en salvo.

HERNANDO. Voy, señor. (Vase.)

(*Saca la espada y embiste a Don Juan; él te levanta y la saca.*)

GARCIA. Aquí pagará tu vida  
tu atrevimiento.

JUAN. Detente.

GARCIA. ¡Ah, Don Juan! aquí no hay gente  
que la venganza me impida.

ANARDA. ¡Qué confusión!

JULIA. Prima mía,  
¿qué haremos?

ANARDA. ¡Oh trance fuerte!

JUAN. ¿Veniste a buscar tu muerte?  
¿No me conoces, García?

GARCIA. Tanto mayores serán,  
si aquí te venzo, mis glorias,  
cuanto lo son tus victorias.

ANARDA. ¡Vencido cayó Don Juan!

(*Vienen a los brazos, cae debajo Don Juan, saca la daga García y levanta a dalle una puñalada.*)

GARCIA. Ya llegó el tiempo en que salga  
de tanta afrenta. ¡Enemigo,  
este es tu justo castigo!

[*Va á darle una puñalada.*]

JUAN. ¡Válgame la Virgen!

GARCIA. (*Detiene el brazo levantado, y levántase*)  
Valga;  
que a tan alta intercesora  
no puedo ser descortés.

JUAN. Déjame besar tus pies.

GARCIA. Don Juan, a nuestra Señora,  
Virgen. Madre de Dios hombre,  
de la vida sois deudor;  
que refrenar mi furor  
pudiera sólo su nombre.

JUAN. Matadme, que más quisiera  
morir, que haber agraviado  
a quien la vida me ha dado.

GARCIA. Más queda desta manera  
satisfecha la honra mía;  
que si ya pude mataros,  
más he hecho en perdonaros  
que en daros la muerte haría.  
Matar pude, vencedor  
de vos solo; mas así  
he vencido a vos y a mí,  
que es la vitoria mayor.  
Sólo faltó derribar  
el brazo ya levantado;  
más fué perdonar airado,  
que era, pudiendo, matar.

ANARDA. [*Ap.*] (De turbada estoy sin mí)  
Necio, descortés, grosero,  
si valiente caballero,  
fuera bien mirar que aquí  
estaba yo, para dar  
a ese intento dilación.  
¿Faltárais otra ocasión  
de poderlo ejecutar?

GARCIA. En que os habéis ofendido  
reparad, señora mía,  
llamando descortesía  
lo que ceguedad ha sido.  
Ciego llegué del furor;  
que ¿quién, señora, os mirara,  
que suspenso no quedara  
o de respeto o de amor?

ANARDA. Vanas las lisonjas son,  
cuando con lo que intentastes  
de ningún modo guardastes  
el decoro a mi opinión.  
¿Qué dijeran los que están  
buscando qué murmurar,  
viendo a mi lado matar  
un hombre como Don Juan?

JUAN. Si advertís, señora mía,  
perdón merece en su error  
quien, por tener mucho honor,  
tuvo poca cortesía.

ANARDA. ¡Bueno es disculparlo vos!

JUAN. ¿No estoy a hacello obligado,  
cuando la vida me ha dado?

(*Sale un paje.*)

#### **[ESCENA IV]**

[GERARDO.—GARCIA, DON JUAN, ANARDA, JULIA.]

GERARDO. Su Alteza llama a los dos.

GARCIA. ¿El Príncipe?

GERARDO. Veislo allí.

JUAN. No tenéis que alborotaros,  
que presto pienso pagaros  
lo que habéis hecho por mí.

[*A las damas.*]

Su Alteza a llamarme envía.

ANARDA. Bien es que le obedezcáis.

JUAN. Si el coche, Anarda, tomáis,  
dejaros en él querría.

ANARDA. Desde aquí del aire y soto  
gozar queremos las dos.

JUAN. Julia, adiós.

JULIA. Don Juan, adiós.

(*Vase Don Juan.*)

GARCIA. Perdonad este alboroto,  
si puedo esperar perdón  
de quien, sólo con mirar,  
da muerte.

ANARDA. De perdonar  
vos me habéis dado lición.

JULIA. ¡Qué bizarro caballero!  
Las almas lleva tras sí.

(*Sale Hernando.*)

## [ESCENA V]

[HERNANDO.—GERARDO, GARCIA, DON JUAN, ANARDA, JULIA.]

GARCIA. [*Encontrándose con su criado al retirarse y hablando aparte con él.*]  
¿Aquí estás?

HERNANDO. Quise de aquí  
ver el suceso primero.

GARCIA. Quédate, y sabe quién son  
esas mujeres.

HERNANDO.  
¿Ya estás  
herido?

GARCIA. En ellas verás  
si es bastante la ocasión.

*Vase [García, Hernando se queda en el fondo.]*

## [ESCENA VI]

[ANARDA, JULIA, GERARDO, HERNANDO, *retirado.*]

GERARDO  
El Príncipe, mi señor,

que este caso viendo ha estado,  
os dice que se ha alegrado  
de tener competidor;  
que a su privado ha querido,  
porque os hablaba, ofender;  
que dueño debe de ser  
quien cela tan atrevido.

ANARDA. Decid, Gerardo, a su Alteza,  
que mostrármeme penado  
deste susto que me han dado,  
fuera más alta fineza  
que condenarme a liviana  
con tanta resolución  
por sólo la información  
de una conjetura vana.  
Que ya de Don Juan sabrá  
cuán otra la causa ha sido,  
y de haberme así ofendido  
el yerro conocerá.  
Y porque entienda que yo  
no sé a dos favorecer,  
le suplico haga prender  
al que mi agravio causó  
Id con Dios.

GERARDO. Quede contigo. (Vase.)

## [ESCENA VII]

[ANARDA, JULIA, HERNANDO, *retirado*.]

JULIA. Yo pensé que merecía  
su humildad y cortesía  
antes premio que castigo.  
Villana estás, por mi fe,  
con quien perdón te pidió.  
(*Ap.* Préndaos Anarda, que yo,  
forastero, os libraré.)

ANARDA. ¡Oh, qué mal me has entendido!  
¿Ves este enojo y rigor?  
pues ardides son que amor  
ha trazado y ha fingido.

JULIA. ¿Quieres al Príncipe ya?

ANARDA. Nunca tan necia te ví.  
Quien vió el forastero, dí,  
¿cómo otro dueño querrá?  
Aquel bizarro ademán  
con que la espada sacó,  
el valor con que venció  
y dió la vida a Don Juan;  
la gala, la discreción  
en darme disculpa, el modo,  
gentileza y talle, todo  
me ha robado el corazón.

JULIA. (*Ap.*) ¡Rabiando estoy de celosa!

ANARDA. Y así, por volver a vello,  
lo aseguro con prendello,  
de que se irá temerosa,  
porque forastero es.

JULIA. Cuando se apartó de aquí,  
al oído hablar le ví  
a aquel mancebo que ves.  
Él informarte pudiera.



ANARDA. Bien dices: hablalle quiero.

JULIA. (Ap.) Así, ha de ser, forastero,  
mi contraria mi tercera.

ANARDA. ¡Ah caballero!

HERNANDO. (Ap. ¿Si a mí  
caballero me llamó?  
¿tan buen talle tengo yo?)  
¿Es a mí, señora?

ANARDA. Sí.

HERNANDO. Extrañé la nueva forma,  
cuando me ví caballero;  
si bien no soy el primero  
que en la corte se trasforma.  
Mas son vanas intenciones  
cuando con pobreza lidio,  
que es el dinero el Ovidio  
de tales trasformaciones.  
Pero si puedo serviros,  
dama, sin ser caballero,  
mandadme.

ANARDA. Pediros quiero...

HERNANDO. Pues bien podéis despediros.  
¿Para pedirme, decid,  
sólo me llamáis las dos?  
Animosas sois, por Dios,  
las mujeres de Madrid.  
Que pida la que se ve  
de mí rogada y querida,  
vaya; mi amor la convida,  
y pues pido, es bien que dé.  
Que la mujer que hablo yo  
en la iglesia, tienda o calle,  
me pida, vaya; el hablalle  
ya por ocasión tomó.  
Mas ¡llamarme, hacerme andar,  
y luego pedirme! ¿Es cosa  
el dar tan apetitosa,  
que he de andar yo para dar?

ANARDA. Lo que pediros intento,  
sólo hablar ha de costaros.

HERNANDO. De eso bien me atrevo a daros  
cuanto os pinte el pensamiento.

ANARDA. Oid, pues.

HERNANDO. Decid, señora.

ANARDA. Que me digáis sólo quiero  
quién es aquel forastero  
que al oído os habló agora.

HERNANDO. Con que vos, señora mía,  
antes quién sois me digáis,  
os lo diré; y no tengáis  
lo que os pido a grosería;  
porque sin saber a quién,  
decir quién es no conviene,  
puesto que enemigos tiene.

ANARDA. ¡Qué cauto sois!

HERNANDO. Hago bien;  
que en la corte es menester  
con este cuidado andar;  
que nadie llega a besar  
sin intento de morder.

ANARDA. Si así ha de ser, yo me llamo  
Doña Lucrecia Chacón.

HERNANDO. Garcí-Ruiz de Alarcón  
es el nombre de mi amo.

ANARDA. ¿Es caballero?

HERNANDO. ¿Tan mal  
os informa su apellido?  
La Mancha no lo ha tenido  
más antiguo y principal.  
Y sin el nombre, el sujeto  
os pudiera haber mostrado  
su calidad.

ANARDA. ¿Es casado?

HERNANDO. No, sino hombre muy discreto.

ANARDA. Déte el cielo buenas nuevas.

JULIA. [*Ap. a Anarda.*] Disimula. Loca estás.

ANARDA. [*Ap. a Julia.*] ¿Qué quieres?

JULIA. [*Ap. a Anarda.*] Pregunta más,  
sin mostrar el fin que llevas.

ANARDA. ¿Es rico?

HERNANDO. ¡Gracias a Dios  
que llegamos al lugar!  
Si queriades preguntar  
solo ese punto las dos,  
¿qué sirve parola vana  
y hablar de falso primero?  
Bien sé que apunta al dinero  
toda aguja cortesana.

ANARDA. Ya no lo quiero saber,  
por mostrar otros cuidados.

HERNANDO. Pues hasta dos mil ducados  
de renta, deben de ser  
los que en sus vasallos tiene.

ANARDA. ¿A qué vino a este lugar?

HERNANDO. Ese es mucho preguntar.

ANARDA. Sólo si de espacio viene me decid.

HERNANDO. Si no es aquí rémora un nuevo cuidado...

ANARDA. ¿Hase acaso enamorado?

HERNANDO. (¿Picaisos?) [*Ap.*]  
Pienso que sí.

ANARDA. Malas nuevas te dé Dios.

HERNANDO. (Mal disimula quien ama.) [*Ap.*]

ANARDA. ¿Puede saberse la dama?

HERNANDO. Oso decir que sois vos.

ANARDA. Pues, ¿cuándo me ha visto?

HERNANDO. Ahora.

ANARDA. Y ¿cómo sabéis que aquí  
se ha enamorado de mí?

HERNANDO. Porque sé que os vio, señora.

ANARDA. ¿Lisonjas?

HERNANDO. Verdades son,  
de que tengo algún indicio.

JULIA. Que viene el conde Mauricio.

ANARDA. Pues huyamos la ocasión.

[Sale el CONDE Mauricio y LEONARDO.  
Se quedan en el fondo observando a las damas]

## **[ESCENA VIII]**

LEONARDO. Lince eres en conocellas.

CONDE. Ciega amor y vista da.  
¿Cúyo criado será  
el que está hablando con ellas?

ANARDA. Tu nombre...

HERNANDO. Hernando es mi nombre.

ANARDA. ¿De qué?

HERNANDO. Hernando, cerrilmente,  
que no le sirve al sirviente  
más que el nombre el sobrenombre.

ANARDA. Mucho tu modo me obliga.  
Gusto me ha dado tu humor.

HERNANDO. Eso, hablando a lo señor...

[Hablan aparte doña ANARDA y doña JULIA]

ANARDA. Dile, Julia, que nos siga,  
como que sale de ti.

JULIA. (Tu mismo fuego me abrasa.) Aparte  
Ven a saber nuestra casa,  
que he de hablarte.

HERNANDO. Harélo así.

[Vanse las damas]

¡Pobretilla! ¿Ya me quieres?  
Las armas de amor trajimos,  
que un hombre a matar venimos,  
y hemos muerto dos mujeres.

[Vase HERNANDO]

LEONARDO. El coche toman. Huyendo  
van de ti, señor.

CONDE. Cuidado me da, Leonardo, el criado.  
¿Ves cómo las va siguiendo?

LEONARDO. ¿Qué determinas?

CONDE. Saber  
quién es su dueño y su intento,  
que amor me forma del viento  
mil visiones que temer.

[Vanse el CONDE y LEONARDO. Salen el PRINCIPE,  
con gabán y ballesta, GARCIA y don JUAN]

## [ESCENA IX]

GARCIA. Supuesto que obedecer  
es forzoso a vuestra Alteza,  
oya a quien ha ejercitado  
más la espada que la lengua.  
Garcí-Ruiz de Alarcón  
es mi nombre, en las fronteras  
berberiscas más temido  
que conocido en las vuestras.  
Vasallos tengo en la Mancha,  
que mis pasados heredan  
del Zavallos, que a Castilla  
abrió de Alarcón las puertas.  
En ciñéndome la espada,  
fuí a serviros a la guerra;  
que heredar honra es ventura,  
y valor es merecilla.  
Callar quiero mis hazañas  
pues que la fama os las cuenta,  
y en la tierra las escriben  
ríos de sangre agarena.  
Habrá, pues, señor, seis años  
que en la batalla sangrienta  
que tuvimos con los Moros  
en Jerez de la Frontera,  
militó Don Juan de Luna,  
de cuyos rayos pudiera  
el mismo sol envidiar  
fuego para sus saetas,  
porque su valiente espada  
era encendido cometa  
que a fuego y sangre amenaza  
la berberisca potencia.  
Al trabar la escaramuza,  
con tan animosa fuerza  
las huestes de África embisten,  
que las de Castilla afrentan.  
Desbaratados los nuestros  
olvidaron su soberbia,  
y aun volvieron las espaldas;  
que esto es verdad, si es vergüenza.  
Yo, despechado de ver  
tan nunca usada flaqueza,  
atájelos con la espada,  
castiguélos con la lengua.  
O se deba a mis razones,  
o al valor dellos se deba,  
corridos los castellanos  
repararon la carrera,  
y en nuevo Marte encendidos,  
revuelven con tal violencia,  
que más pareció el huir  
artificio que flaqueza.  
Vos, señor, al fin vencistes;  
que son los reyes planetas,  
y las obras del vasallo  
se deben a su influencia.  
Pues como yo fuí la causa  
de que los nuestros volvieran,  
por autor de la vitoria  
todo el campo me celebra:  
con que en algunos cobardes  
la envidia tósigo siembra;  
que la pensión de las dichas  
es la emulación que engendran.  
Juntos, pues, los envidiosos,  
a fabricar mis afrentas,

a Don Juan de Luna eligen  
para el instrumento dellas.  
Solo en su valor confían,  
y en la confianza aciertan,  
pues a lo que él se atrevió,  
nadie, sin él, se atreviera.  
Dícenle, para incitallo  
a la venganza que intentan,  
que de su espada y valor  
he hablado mal en su ausencia;  
que he dicho que las espaldas  
suyas, fueron las primeras,  
que vieron los enemigos  
en la pasada refriega.  
Uno el agravio denuncia,  
los otros con él contestan,  
y él con falsa información  
justamente me condena.  
Y estando en corrillo un día  
con otros soldados, llega  
determinando Don Juan,  
diciendo desta manera:  
—Yo soy Don Juan, cuya Luna,  
de gloriosos rayos llena,  
el honor de mis pasados,  
con ser inmenso, acrecienta;  
vos habéis dicho de mí  
que soy cobarde en la guerra,  
sabiendo que en valentía  
os venzo, como en nobleza.  
—¡Mentís en todo!, le dije;  
mas húbelo dicho apenas,  
cuando le tiró en un guante  
a mi honor una saeta;  
que si bien no me llegó,  
es por la desdicha nuestra  
el honor tan delicado,  
que del intento se quiebra.  
Saqué a vengarme la espada,  
y él la suya en su defensa,  
que de dos humanos Joves  
dos rayos vibrados eran:  
y a no impedirnoslo tantos,  
no digo yo cuál muriera;  
que con ventura se vence,  
si con valor se pelea.  
Al fin, no pude romper  
muros de espadas opuestas;  
que aunque el valor las excede,  
no las igualan las fuerzas.  
Ausentóseme Don Juan,  
y yo, en sabiendo quién eran  
los autores del engaño  
de que resultó mi ofensa,  
los dos, de tres, arrojé  
al mar desde una galera:  
por las bocas me ofendieron,  
y entró la muerte por ellas.  
El tercero se ausentó;  
y a mí el agravio me lleva  
buscando a Don Juan de Luna  
por varios mares y tierras,  
determinado a matar  
o morir; y a sus esferas  
seis vueltas ha dado el sol  
mientras yo al mundo una vuelta.  
Supe que estaba en Madrid;  
vine y vílo en la ribera  
de Manzanares agora;  
embestí a vengar mi afrenta;  
vino a los brazos conmigo,  
donde al hijo de la tierra  
en valor y fuerza excede;  
pero yo al honor de Tebas.  
La daga y brazo levanto,

que ardiente furia gobierna;  
y él, viendo que ya en el suelo  
ningún remedio le queda,  
¡válgame la Virgen! dice:  
valga, digo, y la sentencia  
revoco en el mismo instante  
que al golpe empezado resta.  
Este el caso; Don Juan,  
pues he hablado en su presencia,  
me puede enmendar agora  
lo que mi memoria yerra.

JUAN. Este, señor, es el caso.

PRINCIPE. Garcí-Ruiz de Alarcón,  
claras vuestras obras son;  
desde el oriente al ocaso  
da envidia vuestra opinión.  
Las más ilustres historias  
en vuestras altas vitorias  
el *non plus ultra* han tenido;  
mas la que hoy ganais, ha sido  
*plus ultra* de humanas glorias.  
Vuestra dicha es tan extraña,  
que quisiera ¡vive Dios!  
más haber hecho la hazaña  
que hoy, García, hicistes vos,  
que ser Príncipe de España.  
Porque Alejandro decía  
(¡ved cuanto lo encarecía!)  
que más ufano quedaba  
si un rendido perdonaba,  
que si un imperio rendía.  
Que en los pechos valerosos,  
bastantes por sí a emprender  
los casos dificultosos,  
el alcanzar y vencer  
consiste en ser venturosos;  
mas en que un hombre perdona,  
viéndose ya vencedor,  
a quien le quitó el honor,  
nada la fortuna pone,  
todo se debe al valor.  
Si vos de matar, García,  
tanta costumbre tenéis,  
matar ¿que hazaña sería?  
Vuestra mayor valentía  
viene a ser que no matéis.  
En vencer está la gloria,  
no en matar; que es vil acción  
seguir la airada pasión,  
y deslustra la vitoria  
la villana ejecución.  
Quien venció, pudo dar muerte;  
pero quien mató, no es cierto  
que pudo vencer; que es suerte  
que le sucede al más fuerte,  
sin ser vencido, ser muerto.  
Y así, no os puede negar  
quien más pretenda morder,  
que más honra os vino a dar  
el vencer y no matar,  
que el matar y no vencer.  
Dar la muerte al enemigo,  
de temello es argumento;  
despreciallo es más castigo,  
pues que vive a ser testigo  
contra sí, del vencimiento.  
La vitoria el matador  
abrevia, y el que ha sabido  
perdonar, la hace mayor,  
pues mientras vive el vencido,  
venciendo está el vencedor.  
Y más donde a cobardía  
no puede la emulación



interpretar el perdón.  
Pues tiene el mundo, García,  
de vos tal satisfacción,  
dadme los brazos.

GARCIA. Señor,  
con que a vuestros pies me abaje  
premiáis mi hazaña mayor.

PRINCIPE. Esos pide el vasallaje,  
y esotros debo al valor.

GARCIA. Como rey sabéis honrar.

PRINCIPE. Alzad, Alarcón, del suelo,  
que en el suelo no ha de estar  
quien ha sabido obligar  
la misma Reina del cielo.  
Y que pago considero  
por libranza suya, a vos  
las honras que daros quiero;  
que es el rey un tesorero (*Échale los brazos*)  
que tiene en la tierra Dios. (*Abrázale*)  
Libre de ser derribado  
ahora me juzgo yo;  
que bien seré sustentado  
de un brazo a quien, levantado,  
tal furia no derribó.  
Y así, en mi casa, García,  
os quedad; desde este día  
andemos juntos los dos;  
que quiero aprender de vos  
la piedad y valentía.  
Gentilhombre de mi boca  
os hago.

GARCIA. Dadme esos pies.

PRINCIPE. El servirme de vos es  
para vos merced muy poca,  
porque es mi propio interés.  
Y yo no pretendo hacer  
desto premio o beneficio;  
porque el cargo ni el oficio,  
no premia al que ha menester  
el rey para su servicio.  
El un hábito escoged  
de los tres.

GARCIA. ¿Cuándo, señor,  
serviré tanta merced?

(*Arrodíllase Don Juan*)

PRINCIPE. Aquesto a vuestro valor  
y no a mí, lo agradeced.  
Lo mucho que habeis servido,  
el hábito manifiesta.  
Pues ¿qué merced habrá sido  
la que a mí nada me cuesta  
y vos habéis merecido?—  
¿Por qué estás, Don Juan, así?

JUAN. Estas honras que le das  
a Garci-Ruiz por mí,  
agradezco.

PRINCIPE. Debo más  
a quien hoy me ha dado a ti.

A pagarle me apercibo  
esta vida con que vivo,  
en la que hoy, Don Juan, te dió;  
que eres, amigo, otro yo,  
y en tí la vida recibo.

A todos sabes honrar.

## [ESCENA X]

Sale el paje GERARDO; apártase el PRINCIPE con el paje, y hablan aparte GARCIA y DON JUAN.

[GERARDO.—EL PRINCIPE, GARCIA, DON JUAN]

PRINCIPE. ¿Qué hay, Gerardo?

GERARDO. A vuestra Alteza  
aparte quisiera hablar.  
[*Desvíase el Príncipe con el paje, y hablan aparte  
García y Don Juan.*]

JUAN. Merece vuestra nobleza  
tan soberano lugar.

GARCIA. Un deudor en mí tenéis  
de las honras que hoy recibo.

JUAN. Cuando a merced vuestra vivo,  
nada deberle podéis  
por ley a vuestro cautivo.  
Mas donde el sujeto es tal,  
no tanto estiméis que aplique  
el ánimo liberal  
el Príncipe Don Enrique  
a haceros merced igual;  
porque en su real persona  
puso el cielo tal nobleza,  
benignidad y largueza,  
que hoy os diera su corona,  
a tenerla en la cabeza.

PRINCIPE. (*Ap.*) Confuso estoy.  
¿Qué he de hacer?  
¿Al que tanto agora honré  
tengo al punto de prender?  
Pues dejar de obedecer  
a Anarda, ¿cómo podré?  
¡Oh fuero de amor injusto!  
¿A tan heroico varón  
hacer tal agravio es justo,  
por sólo el liviano gusto  
de una mujer sin razón?  
Pero prendello, ¿qué importa,  
si luego le he de soltar,  
y a mí me viene a librar  
su prisión liviana y corta  
de un largo enojo y pesar?  
Pero tengo por mejor,  
por mostrarme poco amante  
sufrir de Anarda el rigor,  
que dar nota de inconstante  
a un hombre de tal valor.  
Mas si la causa le digo,  
bien disculpará el efeto.  
No me tendrá por discreto,  
si aun no empieza a ser mi amigo  
cuando le fío un secreto.  
Mas ya sé lo que he de hacer.—  
Vedme esta noche, García.

GARCIA. Vuestro soy.

PRINCIPE. Habéis de ver  
a mi padre, que poner  
vuestra persona querría  
en el estado que cuadre

al valor que en vos se ve.

GARCIA. Con serviros lo tendré.

PRINCIPE. Esta noche de mi padre  
el hábito alcanzaré. (*Vase.*)

JUAN. Ya con él os miro yo;  
que el rey Don Juan a su Alteza  
nada jamás le negó;  
que de su padre heredó  
el Príncipe la largueza. (*Vase.*)

GARCIA. En mar sangriento de cruel venganza,  
de rabia, de ira y de coraje lleno,  
corrí tormenta, de esperanza ajeno  
de llegar en mi estado a ver bonanza.  
Y un súbito accidente, una mudanza  
el pecho libra de mortal veneno,  
y el que en mi agravio a mi furor condeno,  
en el perdón produce mi esperanza.  
No la privanza me movió futura;  
que fortuna en sus obras desiguales  
no hace de los méritos memoria;  
mas debo a mi piedad esta ventura;  
y por lo menos en hazañas tales,  
de la gentil acción queda la gloria. (*Vase.*)

## [ESCENA XI]

[*Calle en que vive Anarda.—Es de noche.*]

Sale HERNANDO, con capa y sombrero viejo; INÉS.

HERNANDO. Tu nombre saber deseo.

INÉS. Inés.

HERNANDO. Decirte podré  
según en mí no sé qué  
siento después que te veo.  
Un poco te quiero, Inés.

INÉS. A lo menos no dirás,  
pues que ya dicho lo has,  
yo te lo diré después.

HERNANDO. La lengua en amor osada  
es más dichosa y más cuerda;  
porque la mula que es lerda  
tarde llega a la posada.  
Enfermo es quien tiene amor,  
y es el doctor el amado;  
pues ¿cómo será curado  
quien su mal calla al dotor?

## [ESCENA XII]

Salen EL CONDE y LEONARDO, de noche.—

[HERNANDO, INÉS.]

LEONARDO. Ocupada está la puerta.

CONDE. Reconocer determino.

LEONARDO. El celoso desatino  
tus acciones desconcierta.

CONDE. No me repliques. ¿Quién es?

INÉS. [*Ap*]  
(Este es el Conde.) Inés soy,  
que gozando el fresco estoy.

CONDE. No hablo contigo, Inés,  
sino con aquese hidalgo.

INÉS. Un soldado es, que llegó,  
como a la puerta me vió,  
a pedir por Dios.

HERNANDO. Dad algo  
para pagar la posada,  
caballeros, a un soldado  
desvergonzante y honrado,  
que trae la pierna colgada  
y tiene un brazo torcido,  
por amor de...

LEONARDO. Perdonad.

HERNANDO. Miren la necesidad  
con que, por Dios, se lo pido.

CONDE. ¿Queréis no ser majadero?

HERNANDO. ¿Así a un pobre se responde?  
(*Ap*. ¿Este es conde? Sí: éste esconde  
la calidad y el dinero.) (*Vase*.)

### **[ESCENA XIII]**

[EL CONDE, LEONARDO, INÉS.]

CONDE. Hermana Inés, no concierto  
con el honor desta casa  
ver, quien a tal hora pasa,  
hombres hablando a su puerta.

INÉS. Un mendigo remendado  
que por Dios llega a pedir  
¿qué puede dar que decir?

CONDE. Un tercero, disfrazado  
de mendigo, busca así  
la ocasión a su mensaje,  
y a estas horas el mal traje  
no se ve, y el hombre sí;  
y a estar vos, como es razón,  
encerrada en vuestra casa,  
al mendigo y al que pasa  
quitárades la ocasión.

INÉS. No sé yo, por vida mía,  
desde cuándo acá o por dónde  
le ha tocado, señor Conde,  
el cargo a vueseñoría  
de alcaide o de guardadamas  
desta casa. ¿Qué marido,  
padre o galán admitido  
es de alguna de mis amas,  
para que las guarde así?

CONDE. ¡Vive el cielo, que a no ser  
de aquesta casa y mujer!...

LEONARDO. Calla, Inés, ¿estás en ti?  
¿Así te atreves al Conde?

INÉS. Y al mismo rey me atreviera,  
si tanta ocasión me diera.  
Quien por su dueño responde  
se atreve muy justamente.  
Pero yo le diré a Anarda  
que el Conde su puerta guarda,  
para que el remedio intente. (Vase.)

#### [ESCENA XIV]

[EL CONDE, LEONARDO.]

LEONARDO. Perdido vas.

CONDE. Tal estoy  
de celoso y desdeñado,  
que ya de desesperado  
en nuevos intentos doy.  
Ya que no puedo obligar,  
vengarme sólo deseo,  
que estas visiones que veo,  
la materia me han de dar.  
El mozo que hoy en el río  
las habló y siguió después;  
hallar a la puerta a Inés  
y hablarme con tanto brío;  
de Anarda el airado ceño  
hoy, porque al coche llegué:  
todo dice, o nada sé,  
que esta casa tiene dueño.

LEONARDO. ¿Eso dudas?

CONDE. De inquirirlo  
y darles pesares trato.

LEONARDO. No le saldrá muy barato,  
si tú dasen perseguirlo,  
al pobre amante el favor.

CONDE. Tenga disgustos al peso  
que los tengo.

LEONARDO. Para eso  
te hizo Dios tan gran señor;  
páguela quien te la hiciera.

CONDE. Bien es, para tales hechos,  
vestir de acero los pechos.

LEONARDO. Quien dar pesadumbres quiere  
ha de vivir con cuidado.

CONDE. Vamos por armas, que el día  
ha de hallarme aquí en espía,  
Leonardo, hasta ser vengado. (Vanse.)

#### [ESCENA XV]

Salen GARCIA y HERNANDO, de noche.

GARCIA. Prosigue.

HERNANDO. Llegóse a mí  
el dicho conde Mauricio,  
como ve que sigo el coche,  
y pregúntame a quién sirvo.

Digo que a nadie. Él replica:  
de dónde soy conocido  
de aquellas damas que hablaba,  
y por qué ocasión las sigo.  
Que ni sigo ni conozco,  
le respondo y certifico.—  
Pues no os tope yo otra vez  
a vista del coche (dijo),  
o a palos haré mataros.—  
Yo me aparto, y a un mendigo,  
que limosna entre los coches  
pidiendo andaba en el río,  
mi capa y sombrero doy,  
y estos andrajos le pido,  
con que, si me ves de día,  
oso engañarte a tí mismo.  
Con esto, y con que la noche  
también ayuda nos hizo,  
las seguí, y entré en su casa,  
de que estamos tan vecinos,  
que es esta que estás mirando,  
cuyo soberbio edificio  
avaramente publica  
los tesoros escondidos.  
Hablé con ellas; y al fin,  
la que ser Lucrecia dijo,  
me dió de tenerte amor,  
si honestos, claros indicios.  
Pregunta tu casa, y yo  
con decilla me despido;  
de mi humor dicen que gustan,  
mas yo, que a tu amor lo aplico,  
me di al disfrazado brindis  
de "a más ver" por entendido.  
A Inés, secretaria suya,  
mandan que salga conmigo  
hasta dejarme en la calle,  
cosa bien fuera de estilo,  
pero no de la intención,  
que presumo y averiguo  
que fué, porque yo de Inés  
me informase en el camino  
de lo que ellas me negaron:  
lance de amor conocido.  
Supe que era el nombre Anarda,  
y Girón el apellido  
de la que Doña Lucrecia  
Chacón nombrarse me dijo.  
La otra es su prima, Julia  
su nombre, y un viejo tío  
es el curador y el Argos  
destas dos huérfanas Ios;  
ambas por casar, y tienen  
dos mayorazgos muy ricos  
con que puede hacer dichoso  
cada cual a su marido.  
Ciertas esperanzas mías  
dieron con esto en vacío,  
y a Inés, envuelta en donaires,  
una flecha de amor tiro.  
Llegamos así a la puerta,  
donde con celoso brío  
se llegó a reconocirme,  
determinando, Mauricio.  
Dice que un mendigo soy  
Inés; yo finjolo al vivo.  
Él responde: no hay que daros;  
yo, a fuer de pobre, porfío.  
Enfadóse, fuíme, halléte  
en la posada, salimos,  
las mercedes me contaste,  
que hoy el Príncipe te hizo:  
llegamos aquí, paramos...  
Con que en breve suma he dicho  
cuanto he hecho desde el punto



que me dejaste en el río.

GARCIA. De los favores de Anarda  
y los celos de Mauricio,  
me forman los pensamientos  
un confuso laberinto.  
Hernando, perdido estoy.  
No sé qué poder divino  
tiene Anarda, que en un punto  
me arrebató los sentidos.  
Tal estoy, que no me alegran  
los favores que hoy me hizo  
Su Alteza; que los de Anarda  
sólo quiero y sólo estimo.  
Juzga, pues, cuál me tendrán  
las licencias de Mauricio;  
que mucho tiene de dueño  
quien cela tan atrevido.

HERNANDO. Advierte que a una ventana  
dos personas han salido.

## [ESCENA XVI]

Salen ANARDA e INÉS *a la ventana*.  
[ANARDA, INÉS, GARCIA, HERNANDO].

ANARDA. Dos son.

INÉS. El Conde y Leonardo  
siguen el intento mismo.

ANARDA. ¿Es el Conde?

GARCIA. El Conde soy.  
(*Ap.*) (A mi muerte me apercibo;  
pero venid, desengaño;  
que cuanto os temo os estimo.)  
Aparta; que las verdades [*a Hernando.*]  
de amor no quieren testigos,  
y saber estas deseo.

HERNANDO. A esa esquina me retiro. (*Vase*)

## [ESCENA XVII]

[GARCIA, ANARDA, INÉS.]

ANARDA. Conde, a vuestro atrevimiento  
y grosera demasía,  
ni conviene cortesía  
ni es cordura el sufrimiento.  
¿En qué favor fundamento  
el guardarme así ha tenido?  
A quien nunca fué admitido  
pretendiente ni galán,  
decid: ¿qué leyes le dan  
las licencias de marido?  
Si con tanta libertad  
guardáis mi puerta y mi calle,  
¿quién hará al vulgo que calle,  
o estime mi honestidad?  
Si bien me queréis, mirad  
mi fama y reputación  
que es forzosa obligación  
que al bien amar corresponde.

## [ESCENA XVIII]

Salen EL CONDE y LEONARDO, armados, y el CONDE escucha a ANARDA.

[EL CONDE, LEONARDO, GARCIA, ANARDA, INÉS.]

ANARDA. Y si no me queréis, Conde, dejadme en este rincón.

[*El Conde escucha a Anarda*]

Y si os pretendéis vengar,  
con eso, de mi desden,  
sabed que el no querer bien  
no ofende, ni obliga a amar;  
que inclinar o no inclinar  
sólo lo puede el amor.  
Y si el veros tan señor  
esfuerza vuestra malicia,  
el Rey sabe hacer justicia,  
y yo sé tener valor. [*Retíranse las dos.*] (*Vase*)

CONDE. (*Ap.*) Huélgome; que no soy yo solamente el desdeñado.

GARCIA. (*Ap.*) La vida mi amor ha hallado donde la muerte esperó.

CONDE. (*Ap.*) ¡Pobre amante!

LEONARDO. [*Hablando aparte con su amo.*]  
¿Muere, o no?

CONDE. Viva, pues vive penando.

## [ESCENA XIX]

Sale HERNANDO.

[HERNANDO, GARCIA, EL CONDE, LEONARDO.]

HERNANDO. [*Llegándose a su amo y hablándole aparte.*]  
¿Qué tenemos?

GARCIA. Vida, Hernando:  
el Conde muere.

HERNANDO. Con esto  
¿cenaremos?

GARCIA. Vamos presto;  
que está el Príncipe esperando. (*Vanse.*)

## [ESCENA XX]

[EL CONDE, LEONARDO.]

CONDE. Sospecho que no hago bien,  
Leonardo, en no conocello.  
Si es mi igual, sacaré dello  
el consuelo a mi desdén,  
y a lo menos sabré quién  
no ha de causarme cuidado.  
Vamos tras él.

LEONARDO. Acosado

toro embestimos, señor;  
que aun sospecho que es peor  
un amante desdeñado. (*Vanse.*)

## ACTO SEGUNDO

[*Cámara del Príncipe en el Alcázar de Madrid.*]

### [ESCENA PRIMERA]

Salen EL PRINCIPE, GARCIA, DON JUAN, GERARDO y HERNANDO, de noche.

PRINCIPE. De lo que el Rey os ha honrado,  
que me deis gracias no es bien,  
Alarcón, mas parabien,  
pues tanto gusto me ha dado.

GARCIA. Vuestro soy.

PRINCIPE. Decid amigo;  
mostrarlo puede el efeto,  
pues mi más alto secreto  
a declararos me obligo.  
No me tengáis por liviano  
por mostraros presto el pecho,  
porque estoy muy satisfecho  
que con vos nunca es temprano.  
Y así, justamente digo  
que os puedo dar parte dél;  
que ha mucho que sois fiel,  
si ha poco que sois amigo.  
Mas pues quiero daros hoy  
la llave del alma mía,  
de mi cámara, García,  
también con ella os la doy.

GARCIA. No sólo no he de poder  
serviros merced tan alta;  
mas aun a la lengua falta  
el modo de agradecer.

PRINCIPE. Alzad.

JUAN. Los brazos os doy,  
alegre de que su Alteza  
honre así vuestra nobleza.

GARCIA. Sois amigo, y vuestro soy.

JUAN. A Vuestra Alteza, señor,  
los pies beso agradecido,  
pues honra tanto al vencido  
cuanto honrare al vencedor.

PRINCIPE. Bien, Don Juan, sabéis mostrar  
vuestro hidalgo corazón,  
pues no os causa emulación  
la competencia en privar.  
Y con eso ganáis tanto,  
que en mi gracia os levantáis  
al paso que os alegráis  
de lo que a Alarcón levanto.  
No por su privanza viene  
mi amor a menos con vos,  
porque es el rey como Dios,

que muchos privados tiene.  
Y así, cuanto estas acciones  
muestran en vos más valor,  
tanto a vuestro vencedor  
tengo más obligaciones.  
Que cuando no le pagara  
la vida que en vos me dió,  
porque a tal hombre venció,  
con justa razón le honrara.

GARCIA. A la esperanza, señor,  
vuestros favores exceden.

PRINCIPE. Esos criados se queden.

JUAN. El Príncipe, mi señor,  
manda que os quedéis. (*Vase Gerardo.*)

GARCIA. [*Hablando aparte con Hernando.*]  
Hernando,  
en nuestra calle me aguarda,  
y mientras no voy, a Anarda  
te encargo.

HERNANDO. ¿Estaré velando?

GARCIA. Nunca tan necio has estado.

HERNANDO. ¿Y dormir?

GARCIA. Dormir de día.  
[*Vanse el Príncipe, García y Don Juan.*]

## [ESCENA II]

[HERNANDO.]

Temprano, por vida mía,  
en el uso hemos entrado.  
Alto; somos de palacio;  
trasnochar, ir a dormir  
al amanecer, vivir  
de prisa, y morir de espacio.  
Si el cielo no lo remedia,  
la sátira encaja aquí;  
mas no ha de haber cosa en mí  
de lacayo de comedia.  
¡Cuál a la corte pusiera  
algún poeta, si el caso  
y el lacayo en este paso  
de la comedia tuviera!  
¡Cuál pusiera yo a su Alteza!  
¡Qué libremente le hablara,  
y qué poco respetara  
su poder y su grandeza!  
¡Luego me apartara dellos,  
cuando a graves cosas van  
él y mi amo y Don Juan!  
¡Mal año! por los cabellos  
de otra parte me trajera,  
y en todo el caso me hallara,  
que el Príncipe aun no fiara  
quizá a los dos, si pudiera.  
Y estando en lo más famoso,  
grave, fuerte y apretado,  
saliera el señor criado  
con un cuento muy mohoso,  
o una fábula pueril  
de la zorra y el león,  
y la más alta cuestión  
concluyera un hombre vil.

No, no; el criado servir;  
con el rey la gente grave;  
aconsejar el que sabe,  
y el que predica reñir. (*Vase.*)

### [ESCENA III]

[*Calle en que vive Anarda.—Es de noche.*]

[EL PRINCIPE, GARCIA, DON JUAN.]

PRINCIPE. Pensé que un pecho tan fuerte  
como el vuestro triunfaría  
del amor tierno, García.

GARCIA. Iguala amor a la muerte.

PRINCIPE. Militares embarazos  
a muchos dél defendieron.

GARCIA. Al dios Marte no valieron  
contra los venéreos lazos.

PRINCIPE. ¿No os admirará en efeto  
deciros que amo, García?

GARCIA. No, porque ya lo sabía.

PRINCIPE. ¿Cómo?

GARCIA. Sé que sois discreto.

PRINCIPE. ¡Qué bien sabéis consolar!

JUAN. Es su consecuencia clara,  
puesto que amor se compara  
a la piedra de amolar,  
en que el más agudo acero  
da a sus filos perfección.

PRINCIPE. Esta es la calle, Alarcón,  
en que vive por quien muero.

GARCIA. (*Ap.*) ¿Qué es esto? Ya el niño Amor  
destas sombras se acobarda,  
y la hermosura de Anarda  
hace cierto mi temor.

PRINCIPE. Esta es la casa.

GARCIA. (*Ap.*) ¡Ay de mí!

PRINCIPE. Haz la seña. Mas detente;  
que el recato es conveniente,  
y pienso que hay gente allí.

JUAN. La calle despejaré.

PRINCIPE. Tú no; que presumirán,  
si eres la flecha, Don Juan,  
que soy yo quien la tiré.  
Vaya Alarcón.

GARCIA. Voy, señor.

PRINCIPE. En esta esquina os espero.

(*Vanse él [Príncipe] y Don Juan.*)

## [ESCENA IV]

GARCIA. ¿Para qué, fortuna, quiero  
con tal pensión tu favor?  
¿De qué sirve la privanza?  
Mercedes y honras ¿de qué?  
Todas te las trocaré  
a esta perdida esperanza.  
¡Cuál iba yo, viento en popa!  
Fortuna, ya te entendí;  
que con más ímpetu así  
la nave en la peña topa.  
El fin traidor has mostrado  
con que en levantarme das;  
que para que sienta más,  
me has hecho más delicado.  
Dándome honrosos despojos  
llegas con rostro de paz,  
por arrojarme el agraz  
en las niñas de los ojos.  
¿Qué es privanza, qué es honor,  
qué es la vitoriosa palma,  
si en lo más vivo del alma  
ejecutas tu rigor?  
Hoy la mayor alegría  
y el mayor pesar me has dado;  
de dichoso y desdichado  
soy ejemplo en solo un día  
Pero quizá Anarda bella  
no tiene al Príncipe amor.  
¿Qué importa? Él es mi señor,  
y tiene su amor en ella.  
No tocan a la lealtad  
las ofensas de quien ama;  
mas ya su amigo me llama,  
y me obliga la amistad.  
¿De qué sutiles razones,  
deseo, os queréis valer?  
¿Alarcón ha de poner  
la lealtad en opiniones?  
Deseo, o morid en mí,  
o matad conmigo a vos,  
porque o vos o ambos a dos  
hemos de morir aquí.  
Llegad, corazón fiel;  
venza al amor la lealtad;  
el paso al cielo allanad  
a quien os derriba dél.

## [ESCENA VI]

Salen HERNANDO, huyendo con la espada en la mano y tras él  
MAURICIO y LEONARDO.

[HERNANDO, EL CONDE, LEONARDO, GARCIA.]

HERNANDO. A no ser tantos, yo sé  
si me causaran temor.

GARCIA. ¿Es Hernando?

HERNANDO. ¿Es mi señor?

GARCIA. ¿Qué ha sido?

HERNANDO. Desde que entré  
en aquesta calle a hacer  
lo que me has encomendado,  
los de esa cuadrilla han dado  
en que me han de conocer.

Porque no me descubrí,  
dieron tras mí a cuchilladas,  
y mil montantes y espadas  
llovió el cielo sobre mí.

GARCIA. Dos solos diviso yo.

HERNANDO. ¿Dos?

GARCIA. No más.

HERNANDO. Pues no habrá más.

GARCIA. ¡Qué trocado, Hernando, estás!  
¿Ya tu valor se acabó?

HERNANDO. Tanto son dos como mil  
contra aquel que solo está.

GARCIA. ¿Y quién será?

HERNANDO. ¿Quién será  
sino quien hecho alguacil  
nos reconoció, señor?

GARCIA. ¿El conde Mauricio?

HERNANDO. El Conde.

GARCIA. Aquí, si mal me responde,  
me conocerá mejor. (*Llégase a él.*)  
Si acaso algunas mercedes  
alcanza la cortesía,  
por ella, hidalgos, querría  
poder con vuestas mercedes  
que den lugar por un rato  
a cierto amante secreto,  
que debe al alto sujeto  
de su amor este recato;  
que él les dejará después  
toda la noche la calle.

CONDE. (*Ap. los dos.*)  
Este, en la voz y en el talle,  
es Garci-Ruiz.

LEONARDO. Él es.

CONDE. ¡Pues a buen puerto ha llegado!  
Vos pedís bien justa cosa, [*A García.*]  
pero muy dificultosa;  
que soy ministro, y mandado  
de un superior en mi oficio,  
que de aquí no haga ausencia,  
para cierta diligencia  
que importa al real servicio.  
A mí me pesa por cierto  
de no poderos servir;  
pero que no he de impedir  
vuestros amores, advierto;  
porque callar os prometo;  
de más de que es caso llano  
que de la justicia es vano  
querer encubrir secreto,  
que al sol nada se le esconde.

HERNANDO. (*Ap.*) [*con su amo*]  
Él prosigue su artificio.

GARCIA. ¿Estás cierto en que es Mauricio?

HERNANDO. Digo, señor, que es el Conde.

GARCIA. Hidalgo, o seáis justicia  
y aquí negocios tengáis,

o ser ministro finjáis  
con cautelosa malicia,  
lo que pido haced, que es justo.

CONDE. Que no puedo he dicho ya.

GARCIA. Ya en conseguillo me va  
más reputación que gusto;  
porque quien llega a pedir  
lo que no es justo negar,  
no deja elección al dar,  
y se obliga a conseguir.

CONDE. ¿Qué queréis decir con eso?

GARCIA. ¿Aun no lo habéis entendido?  
Que habéis de hacer lo que os pido,  
o obligarme a algún exceso.

CONDE. No os arriesguéis a un gran daño,  
por la que, según entiendo,  
no os quiere.

GARCIA. Yo estoy pidiendo  
lugar y no desengaño.  
Esto haced, y no os metáis  
en consejos, ni mostréis  
que conocido me habéis,  
porque a mucho me obligáis.

CONDE. Que os conozca o no, os prometo  
que es imposible dejaros  
la calle sola.

GARCIA. ¿En estaros  
os resolvéis, en efeto?

CONDE. Aquí me ha de hallar el día.

GARCIA. Pues procedéis tan grosero,  
podrá con vos el acero  
lo que no la cortesía.

*(Sacan todos las espadas y riñen.)*

HERNANDO. ¡Pese a tal! Agora sí  
me entenderé yo con vos,  
que nos vemos dos a dos.  
¿Broquelicos para mí?

CONDE. Herido estoy.

GARCIA. Yo me holgara,  
sin heriros, de obligaros;  
mas a vos podéis culparos.

CONDE. La fuerza me desampara;  
sin duda es mortal la herida.

GARCIA. Que me pesa, sabe Dios.—  
*[A Hernando, que riñe con Leonardo.]*  
Tente.—Yo fuera con vos *(Al Conde.)*  
cuidando de vuestra vida,  
a poder faltar de aquí.

CONDE. Indicios de noble dáis.

GARCIA. Por mucho que lo seáis,  
con igual pecho os herí.

LEONARDO. ¡Ah! ¡pese a quien me parió!

*(Vanse Leonardo y el Conde.)*



## [ESCENA VI]

Salen EL PRINCIPE y DON JUAN, alborotados.

[EL PRINCIPE, DON JUAN, GARCIA, HERNANDO.]

PRINCIPE. En la vida de García  
se arriesga, Don Juan, la mía.

JUAN. ¿No basta que vaya yo?

PRINCIPE. No basta; que no sabemos  
cuántos los contrarios son.

JUAN. Yo soy Luna, él Alarcón,  
que por un millón valemos.  
Mas pienso que viene aquí.

PRINCIPE. ¡García!

GARCIA. Señor.

PRINCIPE. ¿Qué ha sido?

GARCIA. ¿Qué, señor?

PRINCIPE. ¿Ese ruido  
de cuchilladas que oí?

GARCIA. Lo que fué, que no fué nada;  
después, señor, lo diré.  
Agora, pues que se ve  
la calle desocupada,  
logre el tiempo vuestra Alteza.  
*[Hablando aparte con el criado.]*

En casa me espera Hernando.

HERNANDO.  
¡Vive Dios que estoy temblando!

GARCIA. Nunca has mostrado flaqueza  
sino en la corte.

HERNANDO. Señor,  
tú dices que nada ha sido  
haber a Mauricio herido,  
y puedes; que en el amor  
del Príncipe estás fiado;  
mas a mí el pesar me ahoga;  
que sé que siempre la sogá  
quiebra por lo más delgado.

GARCIA. De tu temor me avergüenzo.

HERNANDO. Hay alcalde que de balde,  
por sólo hacer del alcalde,  
me pondrá de San Lorenzo.

GARCIA. Antes a mí me mataran;  
que a los ingratos no imito,  
que animan para el delito,  
y en la pena desamparan.  
Véte, y duerme descuidado.

*(Entre tanto hace la seña Don Juan.)*

HERNANDO. ¿A qué no obliga tu amor?  
Bien dicen que el buen señor  
es quien hace buen criado. *(Vase.)*

PRINCIPE. ¿Si habrán oído?

## [ESCENA VII]

Sale INÉS, a la ventana.

[EL PRINCIPE, GARCIA, DON JUAN, INÉS.]

JUAN. Ya están  
a la ventana.

INÉS. ¿Quién es?

PRINCIPE. Inés parece.

JUAN. ¿Es Inés?

INÉS. ¿Quién lo pregunta?

JUAN. Don Juan.  
A Anarda le dí que está  
su Alteza aguardando aquí.

PRINCIPE. Sin esperanza, le dí.

*Vase Inés [de la ventana.]*

¡Válgame Dios! ¿si saldrá?  
Decidme que sí, y con eso  
no me matará el temor.

JUAN. Yo tuviera por mejor  
prometerte el mal suceso,  
y así tendrás más colmado,  
si Anarda sale, el contento;  
y si no, será el tormento  
mucho menor, esperado.

GARCIA. (*Ap.*) ¡Ah Dios!  
¡qué dulce esperanza  
gané y perdí en sólo un día!  
¡qué propia ventura mía  
en la ligera mudanza!  
Pero quizá... ¡No hay quizá!  
"Haced," el Príncipe dijo,  
"la seña," de que colijo  
que es dueño de Anarda ya;  
que amistad hay asentada  
donde hay seña conocida;  
y pues tan presto fué oída,  
bien se ve que fué esperada.

## [ESCENA VIII]

Salen ANARDA y JULIA *a la ventana.*

[ANARDA, JULIA, EL PRINCIPE, GARCIA, DON JUAN.]

ANARDA. [*Ap. con Julia.*]  
Yo salgo, esta es la verdad,  
por el forastero, prima;  
que su prisión me lastima,  
si temo su libertad.

JULIA. ¡Qué perdida estás!

ANARDA. De amor  
hasta agora no he sabido.

JULIA. Tarde, mas bien, te ha cogido.  
(*Ap.* Sabe Dios que estoy peor.)

ANARDA. ¡Ah, caballero!

PRINCIPE. Señora,  
¿sois Anarda?

ANARDA. Anarda soy.

PRINCIPE. Perdonad, mi bien, si os doy  
aqueste disgusto ahora,  
impidiendo el venturoso  
sueño que ocupando estaba,  
por el descanso que os daba  
en cambio ese cuerpo hermoso;  
que tanto el susto he sentido,  
que hoy en el río tuvistes,  
que hasta ver cómo volvistes,  
volver en mí no he podido.  
¿Cómo estáis? ¿Quitóse ya  
aquel alboroto?

ANARDA. En mí  
nunca, Príncipe, sentí  
lo que de entonces acá;  
que hizo en mí tal impresión  
el forastero atrevido,  
que presente lo he tenido  
siempre en la imaginación.

GARCIA. (*Ap.*)  
¡Ah Dios, si fuese de amor!

ANARDA. Mas lo que me ha sosegado  
es pensar que aprisionado,  
como os supliqué, señor,  
lo tenéis, para que así  
no se vaya sin pagarme.

GARCIA. (*Ap.*)

No es este efecto de amarme:  
ya de mi engaño salí.  
Cuanto de mí se informó,  
fué por trazar su venganza,  
y mi engañosa esperanza  
a favor lo atribuyó.

PRINCIPE. De un yerro que cometí  
contra vos, hermosa Anarda,  
mi amor el perdón aguarda.

ANARDA. ¿Cómo?

PRINCIPE. No os obedecí.

ANARDA. ¿Luego sin pena quedó  
el forastero atrevido?

PRINCIPE. Y aun con premio bien debido  
a las nuevas que me dió.

ANARDA. (*Ap.*) ¡Ay de mí!

JULIA. (*Ap.*) Perdida soy.

ANARDA. ¿Esa es la fe y la fineza  
que le debí a Vuestra Alteza?  
Bien desengañada estoy.  
¡La primer cosa que pido,  
en que estribaba mi gusto,  
y más cuando era tan justo  
castigar a un atrevido,  
no he podido merecer!

PRINCIPE. Vos lo causastes, por Dios,  
porque a vos sólo por vos

dejara de obedecer;  
que como ser, entendí  
vos, causa de aquel exceso,  
con que tan fuera de seso  
de pena y celos me ví,  
quedé de gusto tan loco  
con saber que me engañé,  
que para albricias juzgué  
ser todo mi reino poco.

ANARDA. Obedecer es fineza.  
(*Ap.* Muerta soy, si se ausentó.)  
Señor, mi tío tosió:  
perdóneme Vuestra Alteza;  
que su recato y rigor  
me prohíbe este lugar.

PRINCIPE. Primero habéis de escuchar  
el descargo de mi error;  
que para que no culpéis  
del todo mi inobediencia,  
lo traigo a vuestra presencia  
a que vos lo castigéis.

ANARDA. ¿Qué decís?

PRINCIPE. Que traigo aquí  
al forastero conmigo,  
sujeto a vuestro castigo.

ANARDA. Aun podré pensar así  
que habéis mi gusto estimado.

GARCIA. En fin ¡qué! ¿perdón no espero  
de un error de forastero  
y de un furor de agraviado?

PRINCIPE. Perdonad, por vida mía,  
pues lo conoce, su error.

ANARDA. Cuando no al intercesor,  
a su humildad se debía.

PRINCIPE. Pues con eso, dueño mío,  
obedezco en dejaros.

ANARDA. Bien podéis, señor, estaros;  
que ya no tose mi tío.

PRINCIPE. ¿Como es posible que tanto  
favor haya yo alcanzado?

ANARDA. (*Ap.*)  
La fiesta habéis celebrado;  
mas habéis errado el santo.

GARCIA. (*Ap.*)  
Que tiene al Príncipe amor,  
bien claramente se ve.  
Mas ¡necio yo! ¿qué esperé,  
si es tal el competidor?

PRINCIPE. ¿Cómo, Julia, no me dais  
el parabién del favor?

JULIA. Por no impediros, señor,  
cuando de Anarda gozáis.

JUAN. A lo menos, por no dar  
con su voz gloria a mi oído.

JULIA. Siempre, Don Juan, habéis sido  
desconfiado en amar.

JUAN. Esto tengo de discreto:

y a Dios, ingrata, pluguiera  
que otra causa no tuviera  
un tan desdichado efeto.

GARCIA. (*Ap.*)

Los dos aman a las dos;  
con tal liga y artificio  
seguro va el edificio.

ANARDA. ¿Cómo trajistes con vos  
al forastero, señor?

A quien mañana se irá,  
¿tan fácilmente se da  
noticia de nuestro amor?  
(*Ap. las dos.* Así le pregunto, prima,  
del forastero el estado.)

JULIA. ¡Qué bien tu intento has guiado!

PRINCIPE. No os tengo en tan poca estima,  
que lo que os ama mi pecho  
tan fácil le haya fiado.  
En mi servicio ha quedado;  
de mi cámara lo he hecho.

ANARDA. (*Ap. a ella.*) ¡Ah Julia! dichosa soy.

JULIA. Déjame, no me diviertas  
de Don Juan. (*Ap.* Sin que me adviertas  
atenta a mi dicha estoy.)

GARCIA. Gente viene.

PRINCIPE. Anarda, adiós;  
que miro por vuestra fama.

ANARDA. Así obliga quien bien ama.

JUAN. Adiós.

JULIA. Él vaya con vos.

ANARDA. Caballero forastero,  
de que os quedéis en palacio  
con el Príncipe, de espacio  
el parabién daros quiero.

GARCIA. Ya con eso lo recibo.

(*Vanse las damas.*)

## [ESCENA IX]

[EL PRINCIPE, DON JUAN, GARCIA.]

PRINCIPE. Sin duda ha estado, García,  
en vuestra dicha la mía;  
que nunca en el pecho esquivo  
de Anarda, señal de amor,  
como aquesta noche, ví.

GARCIA. (*Ap.*)

¿Mas si fuese para mi,  
sobre escrito a ti, el favor?

PRINCIPE. "Bien podéis, señor, estaros",  
dijo, queriendo partirme.

JUAN. De que paga tu amor firme  
ha dado indicios bien claros.

GARCIA. (*Ap.*)  
Cuando el Príncipe le dijo  
que estaba presente yo,  
gusto de estarse mostró:  
con justa razón colijo,  
pues antes irse quería,  
que yo su rémora he sido.  
Nueva esperanza ha nacido  
de la ya ceniza fría.

PRINCIPE. Agora podéis contar,  
Garci-Ruiz, lo que fué  
aquel ruido.

GARCIA. Llegué,  
pedí que diesen lugar  
a un amante; no quisieron,  
por más que rogué importuno;  
saqué la espada, herí al uno,  
y con aquello se fueron.

PRINCIPE. Mal hicistes: cuando envió,  
Alarcón, a despejar,  
es por bien; no ha de costar  
sangre de vasallo mío.

GARCIA. No quiso por bien.

PRINCIPE. Dejallo.

GARCIA. El gusto vuestro estorbaba.

PRINCIPE. Menos mi gusto importaba  
que la salud de un vasallo.

GARCIA. Yo erré por ser obediente.

PRINCIPE. Cerca estaba yo; volver  
y tomar mi parecer.  
Quien sirve ha de ser prudente.

(*Vanse el Príncipe y Don Juan.*)

## [ESCENA X]

[GARCIA.]

¿En servir hay esta vida?  
¿Esta gloria en la privanza?  
¿En tan ligera mudanza  
hay tan pesada caída?  
¡Que haya sido error en mí  
lo que fineza juzgué!  
¡Cuando la vida arriesgué  
por agradar, ofendí!  
¡Fuerte caso, dura ley,  
que haya de ser el privado  
un astrólogo, colgado  
de los aspectos del rey!  
Hoy benévolo le ví,  
y hoy contrario vuelve a estar:  
ganélo con no matar,  
y con matar lo perdí.  
¿Qué es esto? ¿Pruebas conmigo  
tus variedades, fortuna?  
Hoy era Don Juan de Luna  
mi más odioso enemigo;  
hoy es ya mi amigo, y hoy  
yo mismo vida le di;  
hoy al Conde conocí,  
y ya su homicida soy.

Hoy ví a Anarda, y hoy la amé;  
hoy creí que era querido,  
hoy la esperanza he perdido,  
y hoy a cobrarla torné.  
Hoy me vió el Príncipe, y hoy  
me ví al más sublime estado,  
de su favor levantado,  
y ya derribado estoy  
en un infierno profundo  
de temor y de ansia fiera.  
Paciencia; desta manera  
son *los favores del mundo*. (Vase.)

[Sala en casa de Anarda.]

## [ESCENA XI]

Salen DON DIEGO, ANARDA y JULIA.

DIEGO. Enemigas: ¿es razón  
que así la fama perdáis,  
y la heredada opinión  
de Pacheco y de Girón  
en tan vil precio tengáis?  
¿Es bien que el Conde, atrevido,  
me diga en mis propias canas,  
cuando voy a verle herido,  
que mis sobrinas livianas  
la causa del daño han sido?

ANARDA. ¿Nosotras?

DIEGO. Vosotras, pues.

ANARDA. De desangrado delira.

DIEGO. Pues si la causa es mentira,  
por lo menos verdad es  
el efeto de su ira.  
Dice que él no conoció  
ni ha dado ocasión a quien  
en nuestra calle le hirió;  
mas al menos sabe bien  
que desta causa nació.  
Y así sus deudas conjura,  
y en nuestra sangre agraviado  
vengar su herida procura,  
si tu mano no le cura  
la que en el alma le has dado.  
Bien sabes tú que en nobleza  
nadie le excede en España:  
de su estado la riqueza  
es notoria, que acompaña  
con gala y con gentileza.  
Ablanda, sobrina, el pecho,  
sin razón duro y extraño;  
busca el gusto en el provecho;  
remedie la mano el daño  
que el hermoso rostro ha hecho.

ANARDA. Ya no puedo, noble tío,  
a un intento tan injusto  
dejar de oponer el mío;  
que es castigar en mi gusto  
el ajeno desvarío.  
Si él de mí se enamoró,  
y yo lo he desengañado,  
¿qué ley me obliga al pecado,  
que no sólo no hice yo,  
mas antes lo he repugnado?

DIEGO. Nunca, sobrina, he creído  
que al daño diste ocasión;  
mas tu hermosura lo ha sido,  
y a mil sin culpa han traído  
sus gracias su perdición.  
Que no tienes culpa digo;  
mas si casarte procuro,  
no tu inocencia castigo;  
a estorbar el mal futuro  
es sólo a lo que te obligo.

ANARDA. Señor Don Diego, ¿mi tío  
da tan cobarde consejo?  
Bien se ve que el pecho frío  
al brazo cansado y viejo  
niega el heredado brío.  
¿Morir no será mejor,  
que no que Mauricio diga,  
en mengua de vuestro honor,  
que a sus gustos nos obliga  
de sus armas el temor?  
¿Somos Girones, o no?  
¿Hanos el valor faltado?  
¿Estoy sin parientes yo?  
¿Quién en Castilla a un criado  
de mi casa se atrevió?  
Y si en tan justa ocasión  
no quisieren defender  
nuestros deudos su opinión,  
yo basto; que aunque mujer,  
soy, en efeto, Girón.

DIEGO. ¿Estás loca? ¿Qué es aquesto?  
¿Piensas que es valor tener  
ese brío descompuesto?  
Sólo el proceder honesto  
es valor en la mujer.  
Deja ya vanos antojos,  
y admite este pensamiento,  
o para acabar enojos,  
metiéndote en un convento,  
te quitaré de los ojos.

ANARDA. Vos no sois más que mi tío,  
y ni aun mi padre en razón  
puede forzar mi albedrío:  
casamiento y religión  
han de ser a gusto mío. (*Vase.*)

## [ESCENA XII]

[DON DIEGO, JULIA.]

JULIA. Lo que dice Anarda es justo;  
que sólo en tomar estado  
es tirano fuero injusto  
dar a la razón de estado  
jurisdicción sobre el gusto.

*(Aquí baja la voz y habla, como a excusas de Anarda,  
a Don Diego.)*

No es sino mucha razón  
remediar el mal que viene;  
mas de la ciega afición  
que Anarda al Príncipe tiene  
nace su resolución.  
Que como Mauricio ya  
deste amor viene advertido,  
temerosa Anarda está  
de que, siendo su marido,



de Madrid la sacará;  
y como liviana intenta,  
del Príncipe enamorada,  
hacer a su sangre afrenta,  
procura verse casada  
con quien lo ignore o consienta.—  
Otros remedios habra; (*Alza la voz.*)  
que casarse deste modo  
deshonor nuestro será. (*Baja la voz.*)  
—Dáale cuenta al Rey de todo;  
que él el casamiento hará.  
Calla y remedia discreto,  
pues yo con esta invención  
te descubro su secreto,  
sin ponella en ocasión  
de que me pierda el respeto.  
Y ella, imaginando así  
que ayudo sus pensamientos,  
no se guardará de mí,  
y de todos sus intentos  
seré espía para tí.  
Agora riñe conmigo,  
para ayudarme a engañalla.

DIEGO. (*Alza la voz.*)  
Si no hiciere lo que digo  
Anarda, será ausentalla  
de Madrid, justo castigo.

JULIA. Si la razón excedieres,  
justicia nos hará el Rey.

DIEGO. ¿Tú también mi afrenta quieres?

JULIA. Quiero lo que es justa ley.

DIEGO. ¡Ay de honor puesto en mujer!  
Pues lo que quiero ha de ser  
o morir quien lo estorbare. (*Vase.*)

JULIA. Un monte querrá mover  
el que por fuerza intentare  
reducir una mujer.  
(*Ap.*) Con esto, Alarcón, procura  
mi amor de Anarda apartarte;  
que en alguna coyuntura  
alcanza el ingenio y arte  
lo que no amor y ventura.  
Callando el dolor que siento,  
disponer mi dicha quiero;  
que es prudente pensamiento  
quitar estorbos, primero  
que descubrir el intento.

### **[ESCENA XIII]**

Sale ANARDA.

[ANARDA y JULIA.]

ANARDA. ¿En qué paró, prima mía?

JULIA. ¡Pues qué! ¿no nos escuchabas?  
Que bien a gritos reñía.

ANARDA. Tal vez la voz moderabas,  
y entonces no te entendía.

JULIA. Entonces con falso pecho,  
porque se fíe de mí,  
de mi lealtad satisfecho

Don Diego Girón, de tí  
murmuraba en tu provecho.  
Mil defectos le decía  
de tu extraña condición,  
y modos, le proponía,  
con que reducir podría  
a la suya tu intención.

ANARDA. Un ejemplo de amistad  
miro en ti.

JULIA. (*Ap.*) El mejor engaño  
es con la misma verdad.

ANARDA. Ya el remedio deste daño  
resuelve mi voluntad.

JULIA. ¿Cómo?

ANARDA. A llamar he enviado  
el valiente forastero,  
y de que a tomar estado  
me resuelvo, dalle quiero  
para el Príncipe un recado.  
Que con aquesta ocasión  
dalle mi amor solicita  
a mi querido Alarcón  
los indicios que permita  
mi honesta reputación.  
Y tú, quedándote aquí  
sola con él, le dirás,  
como que sale de tí  
y que de su parte estás,  
el amor que reina en mí.  
Que pues la ocasión convida,  
goce della, y a su Alteza  
en casamiento me pida:  
y dile tú la firmeza  
con que tengo defendida  
del Príncipe y de Mauricio  
mi honestidad, pues lo sabes;  
porque a un celoso juicio  
le ha de obligar el indicio  
de pretendientes tan graves.

JULIA. Yo del Príncipe imagino  
que tu intento ha de estorbar.

ANARDA. Diréle que determino  
casarme, por allanar  
a sus gustos el camino;  
porque de otra suerte intenta  
los cielos atrás volver;  
y así es fuerza que consienta  
en mi intento, por tener  
fin del mal que le atormenta.  
Que aunque él es tan poderoso,  
si a un hombre de tal valor  
tengo, prima, por esposo,  
no será dificultoso  
el defendelle mi honor.

JULIA. Tu agudo ingenio bendigo.

ANARDA. Todo es cautelas amor.

JULIA. (*Ap.*) Y así las uso contigo.  
No hay enemigo peor  
que el que trae rostro de amigo.

**[ESCENA XIV]**

Sale INÉS.

[INÉS, ANARDA, JULIA.]

INÉS. El amo de Hernando quiere licencia de verte.

ANARDA. Inés,  
mientras conmigo estuviere,  
es bien que al balcón estés,  
por si mi tío viniere. (*Vase Inés.*)

JULIA. ¿Iréme?

ANARDA. Ponte en lugar  
donde la plática entiendas;  
que habiéndome de ayudar,  
es bien que sepas las sendas  
por donde has de caminar.

JULIA. (*Ap.*) A ejecutar mi intención.

ANARDA. Y advierte en el artificio  
con que en aquesta ocasión,  
sin ofender mi opinión,  
le doy de mi amor indicio.

(*Vase Julia, y espía desde el dosel.*)

## [ESCENA XV]

Salen GARCÍ-RUIZ y HERNANDO, de camino.

[JULIA, ANARDA, GARCIA, HERNANDO.]

GARCIA. Dadme, Anarda, los pies.

ANARDA. Poco es la mano  
a tan valiente y noble caballero.  
¿De camino venís?

GARCIA. Búscase en vano  
firmeza en bien del mundo lisonjero,  
y el que en la voluntad de un nombre humano  
libra sus dichas, ha de estar primero  
apercebido para la mudanza,  
que del favor admita la esperanza.  
Ayer, ya vos sabéis por qué camino,  
hallé fácil al cielo la subida  
¡Mentirosa amistad de mi destino!  
¡Traidora prevención de la caída!  
La humilde vara en levantado pino  
fué con súbito aumento convertida,  
porque del viento airado a la violencia  
diese efeto mi propia resistencia.  
Aquel alto lugar que ayer tenía,  
perdí, señora, anoche; sabe el cielo  
que por fineza más que culpa mía;  
que tengo en mi conciencia mi consuelo.  
Cuando pensé que al mismo sol subía,  
con todo el edificio dí en el suelo.  
Erré, mas no pequé; soy castigado;  
que es con el Rey un yerro gran pecado.  
Miróme disgustado, reprehendióme  
severo, y las espaldas volvió esquivo,  
y entrándose en su cámara, dejóme  
fuera de ella y de mí, sin alma y vivo.  
No sé cuál medio en tal extremo tome:  
a entrar o a estarme en vano me apercibo,  
como, al que sueña toros, hace el miedo

que ni pueda correr ni estarse quedo.  
Al fin, sin velle a mi posada vuelvo;  
que es, aunque sin razón, príncipe airado;  
la noche toda en confusión me envuelvo,  
sin atreverse el sueño al gran cuidado;  
y al fin, en ausentarme me resuelvo,  
y el cuerpo huyendo al peligroso estado  
y a la inquietud de la ambición sedienta,  
vivir con mis vasallos y mi renta.  
Y hoy, cuando a visitaros ya partía,  
por despedirme, Anarda, y disculparme,  
llegó un recado vuestro que podría,  
a ser sol fugitivo, repararme.  
Viene obediente el que cortés venía:  
mandadme liberal para obligarme;  
que da, pidiendo, vuestra gran belleza,  
y es dejaros servir vuestra largueza.

ANARDA. Señor Garci-Ruiz, desdicha grave  
siempre tocó al mayor merecimiento.  
Si rodó la fortuna, ¿quién no sabe  
que sólo en ser mudable tiene asiento?  
Lo que yo admiro, y en razón no cabe,  
es sólo vuestro poco sufrimiento;  
que ¿quién pensara que faltar podía  
gran fortaleza a grande valentía?  
A suerte desigual igual semblante  
es propia acción de pechos valerosos.  
Animoso emprender, sufrir constante  
consigue los laureles vitoriosos.  
No al primero desdén huya el amante;  
grandes los bienes son dificultosos;  
poco al Príncipe amáis, oso decillo,  
pues pretendéis servirle sin sufrillo.

GARCIA. ¿Poco es perder la vida por su gusto?

ANARDA. Sufrirlo es menos, e impaciente os hallo.

GARCIA. Un injusto rigor sufrir no es justo.

ANARDA. A ser justo, ¿qué hiciérais en llevarlo?  
Y debéis advertir que si es injusto,  
ausentáros será justificallo.  
Ponerse del juez en la presencia  
es el mejor testigo de inocencia.  
No os vais, Garci-Ruiz, o por lo menos  
pensaldo bien primero; que seguirse  
prueban mil libros de sentencias llenos,  
presto arrojarse y presto arrepentirse.  
Ved a su Alteza; que los hombres buenos  
no se ausentan del Rey sin despedirse.

GARCIA. A despedirme dél por vos venía.

ANARDA. Yo ¿qué poder del Príncipe tenía?

GARCIA. ¡Feliz quien tal ingenio y beldad ama!

ANARDA. No, no, lísonjas no, que no os las creo;  
que yo supe que ayer a cierta dama  
centellas envió vuestro deseo;  
y hoy de la ardiente repentina llama,  
pues queréis ausentáros, libre os veo.  
¡Múdase tal varón en un instante,  
y culpa a la fortuna de inconstante!

GARCIA. Al que muda con causa de consejo,  
no puede darse nombre de liviano.

ANARDA. No me satisfagáis, que no me quejo.

GARCIA. ¿Tiráis la piedra y escondéis la mano?  
Dios sabe, si tan alta empresa dejo,  
que un poder me ha oprimido soberano.

ANARDA. Contra amor firme no hay poder bastante.

GARCIA. Preciόμε de leal, si de constante.  
Si a quien debo lealtad, esa persona  
quiere, ¿será razón que yo prosiga?

ANARDA. En el amor es yerro, y se perdona  
lo que sin él, traición que se castiga,  
y el diferente fin la acción abona  
del vasallo a quien más la ley obliga;  
que si casarse intenta, nada ofende  
al señor que gozar sólo pretende.  
No digo que lo hagáis, que es causa ajena;  
allá con vos las haya, la ofendida;  
sólo probaros quiero que la pena  
tenéis, que os da fortuna, merecida.  
Pecáis mudable, y por castigo ordena  
otra mudanza, mal de vos sufrida.  
O firmeza aprended en vuestro intento,  
o en ajenas mudanzas sufrimiento.

GARCIA. Si como firme os amo...

ANARDA. Si pensara  
que yo de vuestro amor era el objeto,  
ofendida de vos, no os escuchara,  
que la mudanza es falta de respeto.  
Quien una vez conmigo se declara,  
tal debe estar del amoroso efeto,  
que por lealtad, honor, premio o castigo,  
ha de romper hasta casar conmigo.  
No, bien sé que otra amáis, o lo he creído,  
que a pensar que era yo, disimulara,  
por no dar ocasión a que atrevido  
vuestro pecho su amor me declarara;  
mas siempre cortesana ley ha sido  
decir lisonjas y alabar la cara.  
Si por eso lo hacéis, yo más querría  
tosca verdad, que falsa cortesía.

GARCIA. Si es la verdad grosera, soy grosero.

ANARDA. Basta, mirad que el Príncipe me ama.

GARCIA. Peco si intento, pero no si os quiero.

ANARDA. Amor da intentos como el fuego llama.  
Decir *amo* es intento verdadero;  
que a recíproco amor el amor llama.

GARCIA. El fin diverso abona mis acciones.

ANARDA. No son para conmigo mis liciones;  
para con la que amáis os las he dado.  
Bien sé que otra os ocupa el pensamiento;  
que a ser yo vuestro amor, dichoso estado  
le daba la ocasión a vuestro intento;  
pues para lo que ahora os he llamado,  
es para que tratéis mi casamiento  
con el Príncipe vos, si habéis de vello,  
diréos la causa que me obliga a ello.

GARCIA. Por fuerza os he de obedecer, señora.

ANARDA. Sabed que está Mauricio, el Conde, herido,  
y dice que, si bien la mano ignora,  
sabe que yo la causa dello he sido,  
y puesto que me iguala y que me adora,  
me resuelva a admitille por marido,  
o que contra mi sangre verá España  
salir todos sus deudos a campaña.  
Yo aborrezco a Mauricio, y si le amara,  
esta amenaza que a mi sangre ha hecho,  
a no dalle la mano me obligara;

que no se rinde el gusto a su despecho.  
En favor de Mauricio se declara  
mi tío, que procura su provecho;  
el Príncipe, que tanto amarme jura,  
muéstrelo en remediar mi desventura;  
que pues su Alteza no ha de ser mi esposo,  
y querer mi deshonra es no quererme,  
es en esta ocasión lance forzoso,  
buscar quien pueda honrarme y defenderme.  
Por si resiste el Príncipe amoroso,  
de vuestra autoridad quise valerme.  
Vos persuadidle, y advertid, García,  
que en vuestra voluntad dejo la mía.

*(Vase y topa con Julia.)*

GARCIA. *(Ap.)* ¡Con cuán honestas señales  
Anarda en esta ocasión  
me ha mostrado su afición!

ANARDA. Dile tú agora mis males. *(Vase.)*

## **[ESCENA XVI]**

[JULIA, GARCIA, HERNANDO.]

GARCIA. *(Ap.)*  
¡Dichoso mil veces yo!

HERNANDO. ¿Ya se pasó la tristeza  
del enojo de su Alteza?

GARCIA. Con tal trueque, ¿por qué no?  
Cuando en tal privanza estoy,  
¿qué importa la que he perdido?  
Haz cuenta que ya marido  
de la hermosa Anarda soy.

HERNANDO. ¿Tan presto?

GARCIA. Ella misma ha abierto  
a mis intentos lugar.

HERNANDO. ¿Quién creyera en tanto mar  
que estaba tan cerca el puerto?

JULIA. Caballero forastero...

GARCIA. Bella cortesana...

JULIA. Oíd,  
por forastero en Madrid,  
un consejo daros quiero.  
No tengáis a poco seso  
que, sin pedillo, os le doy,  
porque disculpada estoy  
con lo que en dalle intereso,  
Anarda, según he oído,  
poder de casalla os dió,  
y a Mauricio os declaró  
que no quiere por marido.  
La causa os diré, y así  
vos de ella colegiréis  
lo que en esto hacer debéis,  
y lo que me mueve a mí.  
Soy su prima, y de su amor  
secretaria; mas ahora  
soy a su amistad traidora  
por ser leal a mi honor.  
Por su Alteza Anarda muere:  
y como ya el Conde herido

de este amor está advertido,  
por esposo no le quiere;  
que a impedir es poderoso  
la infamia que Anarda intenta,  
y a quien lo ignore o consienta  
quiere tener por esposo.  
De aquí podéis entender  
lo que me va en no callar,  
y si vos debéis mirar  
a quién la dais por mujer. (Vase)

## [ESCENA XVII]

[GARCIA, HERNANDO.]

GARCIA. ¿Qué es aquesto, cielo eterno?  
¿Soy yo aquel que agora fui?  
¿De un paso al cielo subí,  
y de otro bajé al infierno?  
Agora tuve delante  
la gloria por quien suspiro,  
y en medio en un punto miro  
mil montañas de diamante.  
El que a tal nació sujeto,  
¿qué perdiera en no nacer?

HERNANDO. ¿Qué te ha dicho esta mujer?

GARCIA. ¿No te lo ha dicho el efeto?  
Un desengaño.

HERNANDO. Fortuna  
nos da su retrato en tí.  
Agora pisar te ví  
con los mismos pies la luna,  
y ya en el centro profundo  
de dolor y rabia fiera.

GARCIA. Paciencia; desta manera  
son *los favores del mundo*.

## ACTO TERCERO

[La calle frente a la casa de Anarda.]

### [ESCENA PRIMERA]

DON JUAN, JULIA.

JUAN. Su Alteza, que por mandado  
del Rey a Toledo parte,  
de Anarda quiere encargarte  
en esta ausencia el cuidado.

JULIA. (Ap. Ocasión me da con esto  
para esforzar mi invención.)  
En estrecha obligación  
hoy el Príncipe me ha puesto;  
que pues de mí se confía,  
guardarle debo amistad,  
y el decirle la verdad  
corre ya por cuenta mía.

JUAN. Habla pues.

JULIA. Dile que vea  
que al forastero Alarcón  
tiene mi prima afición,  
y ser su esposa desea.  
Si lo consigue, su Alteza  
se puede dar por perdido;  
que da el amor del marido  
a la mujer fortaleza.  
No hay qué esperar si se casa  
con hombre de tal valor  
y que sabe ya el amor  
en que el Príncipe se abrasa.  
Ella dirá que desea  
casarse por allanar  
el camino y dar lugar  
al Príncipe; no lo crea,  
que es engañoso artificio,  
y ha de resistir después.

JUAN. Pues tu consejo ¿cuál es?

JULIA. Que la case con Mauricio,  
a quien da en aborrecer  
Anarda, que de ofendido  
está muy cerca el marido  
que aborrece la mujer.

JUAN. Y Mauricio ¿no es honrado,  
y a guardar su honor bastante?

JULIA. Deste intento está ignorante;  
nada puede un descuidado.

JUAN. ¿Sabes si el Conde querrá?

JULIA. Sé que por Anarda muere.

JUAN. ¿Pues cómo, de que la quiere  
el Príncipe, ajeno está?

JULIA. Su Alteza es tan recatado  
que nunca el Conde Mauricio  
tuvo de su amor indicio;  
tú solo celos le has dado  
con tus rondas y paseos.  
Mas eso no ha de estorballe,  
pues cesa con declaralle  
que causo yo tus deseos.

JUAN. Si el Conde está sospechoso,  
ha de pensar que es enredo.

JULIA. Pues quitarémosle el miedo  
con que seas tú mi esposo.

JUAN. ¿Qué dices? ¿Tan gran favor  
he merecido de ti?

JULIA. ¿No es tiempo que obren en mí  
tus méritos y tu amor?

JUAN. ¡Dulce fin de tantos daños!

JULIA. (Ap.)  
Anarda la mano dé  
al Conde; que yo sabré  
usar contigo de engaños.

JUAN. Su Alteza, mi bien, me espera.

JULIA. ¿Hasme de olvidar, Don Juan?

JUAN. Antes, Julia, olvidarán



las estrellas su carrera.

JULIA. De tu ausencia y mi tristeza  
¿cuándo el fin tengo que ver?

JUAN. Esta noche he de volver  
por la posta con su Alteza.  
(*Vase*)

JULIA. (*Ap.* Bien engañado lo envío.  
Mas ¡ay! ¿si se va Alarcón  
a Toledo? Una invención  
remedie el tormento mío.)  
Don Juan. (*Vuelve Don Juan.*)

JUAN. Señora.

JULIA. Oye.

JUAN. Dí.

JULIA. Mira que es inconveniente  
que Garci-Ruiz se ausente  
en esta ocasión de aquí,  
que examinar su intención  
con cautela es acertado;  
que si paga, enamorado  
de mi prima, su afición,  
tales cosas le diré,  
que aborrezca a la que estima,  
y despechada mi prima  
al Conde la mano dé.

JUAN. Dirélo al Príncipe así.  
Loco voy con tu favor. (*Vase.*)

JULIA. ¡En qué laberinto, amor,  
me voy entrando tras tí!  
A Don Juan he dicho ahora  
que está Mauricio ignorante  
de que es el Príncipe amante  
de Anarda; y que no lo ignora  
dije a Don Diego, mi tío.  
Con sus intenciones varias,  
y por dos causas contrarias  
a un mismo efeto los guio.

## **[ESCENA II]**

Sale DON DIEGO.

[JULIA, DON DIEGO.]

DIEGO. Ya, Julia querida, he dado  
cuenta al Rey de nuestro intento,  
y que el Príncipe al momento  
de Madrid salga ha mandado.

JULIA. ¿Y en lo que a Mauricio toca?

DIEGO. Que la mano le dará,  
o en un convento tendrá  
justo castigo esa loca.

JULIA. Yo haré con tal artificio  
lo que tu pecho desea,  
que el mismo Príncipe sea  
quien la case con Mauricio.

DIEGO. De remediar nuestro honor  
tengo justa confianza

en lo que tu ingenio alcanza.

JULIA. (*Ap.*)

Di en lo que alcanza mi amor.

(*Vanse.*)

---

[*Cámara del Príncipe.*]

### [ESCENA III]

Salen EL PRINCIPE, con botas, y GERARDO, con las espuelas, para ponérselas. [Luego DOS PAJES.]

PRINCIPE. Acaba; que me tienes ya cansado.

GERARDO. (*Ap.*)

En quemar la materia más cercana,  
al fuego imita un Príncipe enojado.

PRINCIPE. Pónlas, acaba. ¡Cuán de buena gana  
con ellas las entrañas le rompiera  
al que pena me dió tan inhumana!

(*Sale un Paje.*)

PAJE. Ya apercebido el carruaje espera.

PRINCIPE. Pues ¿quién te lo pregunta?

PAJE. Vuestra Alteza  
mandó que en siendo tiempo lo dijera.

PRINCIPE. No obedecerme fuera más fineza,  
que el discreto no da, sin ser forzado,  
nuevas que sabe que han de dar tristeza.

(*Sale el Paje 2º*)

PAJE 2º. A vuestra Alteza aguarda aderezado  
el almuerzo, señor.

PRINCIPE. Todos entiendo  
que os habéis a matarme conjurado.  
Necio, a quien de la vida está partiendo,  
¿qué gusto puede darle la comida?  
Que es, amando, partir, vivir muriendo.  
Idos de aquí, dejadme; que la vida  
me sobra, pues me falta la paciencia.  
¡Ay antes muerta gloria que nacida!  
El favor vino anoche, y hoy la ausencia,  
porque tenga en la misma medicina  
materia más copiosa la dolencia.

PAJE 1º. [*Hablando*] aparte [*con el 2º*]  
Agora entra Alarcón.

PAJE 2º. Él no imagina  
que está el mar por el cielo.

PAJE 1º. ¿Llegar osa?  
Corre—Faetón—a su fatal ruina.

### [ESCENA IV]

Sale GARCIA. [EL PRINCIPE, GARCIA, GERARDO, y PAJES.]

GARCIA. Si acaso vuestra mano poderosa,  
del justo enojo, de mi error causado,  
ha envainado la espada rigurosa,  
merézcala besar quien humillado  
en cambio dél, señor, la sangre ofrece  
que en el servicio vuestro ha derramado.

PRINCIPE. Alzad, Garci-Ruiz, y si os parece  
que yo estuve enojado, yerro ha sido;  
que vuestro amor leal no lo merece.  
Sabiendo que un vasallo estaba herido  
por mi causa, aquel justo sentimiento  
de lastimado fué, no de ofendido.  
Decir que errastes fué un advertimiento  
y regla de servirme, no castigo;  
que sé que no hay pecado sin intento.  
Graves razones son las que conmigo  
os dieron de amistad el nudo estrecho;  
no levemente pierdo un buen amigo.  
Sabréis de hoy más de mi piadoso pecho  
la condición; jamás de ajeno daño  
quiero que nazca mi mayor provecho.

GERARDO. (*Ap. con los pajes.*)  
Ved de quien sirve el claro desengaño;  
aquí nos anegamos, y en bonanza  
da al viento aquí esta nave todo el paño.

PAJE 1°. ¿Quién creyera tan presto tal mudanza?

PAJE 2°. Merécela Alarcón.

PAJE 1°. Bueno es ser bueno;  
mas no el honrado, el venturoso alcanza.

(*Vanse los criados.*)

## [ESCENA VI]

[EL PRINCIPE, GARCIA.]

PRINCIPE. Tratemos de mis males, que estoy lleno  
de rabia y de dolor, y el pecho mío  
se enciende en furia de mortal veneno.  
Hoy de mi Anarda ese caduco tío  
al Rey de mis intentos se ha quejado;  
vuestro yerro causó tal desvarío.  
Mauricio fué el herido; han sospechado  
que por mi voluntad, y que a Toledo  
parta al punto, mi padre me ha mandado.  
¿Cómo, ausente de Anarda, vivir puedo,  
si aunque presente estoy, muriendo vivo?

GARCIA. Si tu amor firme o tu celoso miedo  
remedio alcanza de tu mal esquivo  
posible, huya el dolor, la pena olvida,  
pues que yo a ejecutallo me apercibo.  
Lo que mi brazo erró, emiende mi vida;  
que desde que empezó, por justa herencia,  
está por tí a perderse apercebida.  
Para seguirte en esta triste ausencia  
las espuelas calcé, (*Ap. Callo mi intento,*  
pues la misma ocasión da la advertencia.)  
La vida sigue el mismo pensamiento:  
traza, resuelve, manda; que no siente  
imposible mi fiel atrevimiento.

PRINCIPE. Vuestra lealtad, que al sol resplandeciente

su luz opone, alivia mi tormento;<sup>[8]</sup>  
y así, mientras de Anarda peno ausente,  
en prendas quedaréis de mi firmeza,  
que ser Argos de Anarda es gran ventura,  
por mirar con cien ojos su belleza.

GARCIA. Premiáis mi amor. (*Ap.* Aquí la suerte dura  
el resto echó; ¡por cuidadosa guarda  
quedo yo contra mí de su hermosura!)  
Un recado, señor, la hermosa Anarda  
me ha dado para tí.

PRINCIPE. ¿Cómo, García,  
tanto tu lengua en referirlo tarda?

GARCIA. Porque no solicita tu alegría;  
y a no obligar la ley de buen criado,  
con el silencio más te serviría.

PRINCIPE.  
Habla ya; que el temor me ha atormentado  
más que la nueva puede.

GARCIA. Tu mal siento,  
si bien en tu valor voy confiado,  
porque es el toque dél el sufrimiento.

[*Hablan en voz baja.*]

## [ESCENA VI]

Salen DON JUAN y GERARDO.

[EL PRINCIPE, GARCIA, DON JUAN, GERARDO.]

GERARDO. [*Hablando con Don Juan a la puerta de la  
cámara.*]

Como el toro, a quien tiró  
la vara una diestra mano,  
arremete al más cercano  
sin buscar a quien le hirió,  
su Alteza, con el dolor  
que esta nueva le ha causado,  
en nosotros ha vengado  
los agravios de su amor.  
Mas en entrando Alarcón,  
o de amor, o de respecto,  
serenó el airado aspecto  
y mudó la condición.

JUAN. Bien sabe Garci-Ruiz  
merecer tanto favor.

GERARDO. Merece con el señor  
quien tiene estrella feliz.

PRINCIPE. ¿Que le dé marido yo?

GARCIA. Así lo dice.

PRINCIPE. ¡Ah García!  
En mi loco amor confía  
quien tal recado envió.  
¡Ah cielo! ¡Yo le he de dar  
a la que adoro marido!  
Cuánto corta en un rendido  
la espada, quiere probar.  
¡Anoche el favor primero,  
y hoy desengañarme así!

GARCIA. (*Ap.*)

Que fué el amor para mí,  
de todo con causa infiero.  
Pero ¿cómo puedo ¡ay triste!  
merecer por dulce esposa  
mujer tan noble y hermosa,  
y que a un Príncipe resiste?

PRINCIPE. ¿Qué haré?

GARCIA. En casos de amor  
nunca supe dar consejo.

PRINCIPE. Vos, pues en la corte os dejo,  
con vuestro seso y valor  
divertidla de ese intento,  
encarecedle mi pena,  
mientras el remedio ordena  
mi afligido pensamiento.

GARCIA. Dos imposibles, señor,  
me encargas.

PRINCIPE. Tal caballero  
para tales casos quiero.  
Caballerizo mayor...

GARCIA. [*Arrodillándose.*]

De Alejandro es Vuestra Alteza  
envidia.

(*Sale Don Juan.*)

PRINCIPE. Alzad pues. Don Juan,  
¿calláis?

JUAN. Callando se dan  
nuevas que son de tristeza.

PRINCIPE. ¿Qué hay de Julia?

JUAN. Ya la ví.

PRINCIPE. No temáis; que de Alarcón  
sé ya la resolución  
de mi Anarda contra mí.  
Ya sé que se determina  
a casarse esa cruel.

JUAN. (*Aparte al Príncipe.*)  
¿Luego ya sabréis que es él  
a quien Anarda se inclina?

PRINCIPE. ¿Quién?

JUAN. Repórtate.

PRINCIPE. Acabad:  
que el alma en furor se abrasa.

JUAN. Oye, señor, lo que pasa,  
si Julia dice verdad.

(*Hablan los dos en secreto.*)

GERARDO  
De la merced que os ha hecho  
el Príncipe, alegre os doy  
un gran parabién.

GARCIA. Yo estoy  
de vuestro amor satisfecho  
pero podéis persuadiros  
que nada quedo a deber  
y cuanto tenga ha de ser,

Gerardo, para serviros.

GERARDO.

Vuestro valor al deseo  
da seguras esperanzas.

GARCIA. (*Ap.*) Tocando estoy las mudanzas  
de mi suerte, y no las creo.  
¿Quién, del infeliz estado  
en que hoy se vió mi ventura,  
creyera que a tanta altura  
hoy me viera levantado?

PRINCIPE. ¡Tal maldad! ¡Viven los cielos,  
que he de hacer!...

JUAN. Señor, detente.

PRINCIPE. ¿Quieres que el volcán reviente,  
y el mundo abrasen mis celos?  
¡Alarcón!

JUAN. Que adviertas, ruego,  
a su gran valor.

PRINCIPE. Salid  
al momento de Madrid.

GARCIA. ¿Para adónde?

PRINCIPE. Salid luego,  
y cuanto más lejos vais,  
me daré por más servido.

GARCIA. Señor...

PRINCIPE. Ya estoy ofendido  
de que partido no hayáis.

GARCIA. [*Ap. retirándose.*]  
¿Qué es esto, suerte importuna?  
¿Así el favor desvanece?  
¡Vive el cielo, que parece  
que está loca la fortuna!  
¿Qué le habrá dicho Don Juan?  
Mas de Don Juan ¿qué recelo,  
si estas mudanzas del cielo  
ciertos avisos me dan,  
haciéndome sin segundo  
ya en el bien y ya en el daño,  
del engaño y desengaño  
de los *favores del mundo?* (*Vase.*)

## [ESCENA VII]

[EL PRINCIPE, DON JUAN, GERARDO.]

JUAN. Dame para hablar licencia,  
ya que Alarcón se ha partido.

PRINCIPE. ¿Qué quieres? ¿Dirás que ha sido  
poco humana mi sentencia,  
siendo tanta la ocasión?

JUAN. Si a eso miro, fué piadosa,  
señor, pero rigurosa,  
si miro a tu condición;  
que desconozco el rigor,  
en quien es la mansedumbre  
naturaleza y costumbre.

PRINCIPE. ¿Qué no harán celos y amor?  
Tan otro soy del que fuí,  
con sus efetos violentos,  
que extraño mis pensamientos,  
y no me conozco a mí.

JUAN. De que no sientas no trato,  
donde es tanta la ocasión;  
mas da un rato a la razón,  
pues diste al enojo un rato.  
Confesado me ha tu Alteza  
que es violento ese accidente:  
lo violento fácilmente  
vuelve a su naturaleza.  
¿En qué diferencia pones  
a ti y a un hombre vulgar,  
si así te dejas llevar  
del furor de tus pasiones?  
Cualquiera, señor, es sabio  
donde no hay dificultad;  
la mansedumbre y piedad  
se tocan en el agravio.  
La fiera borrasca muestra  
si es el piloto prudente,  
y el jinete en potro ardiente  
fuertes pies y mano diestra.  
Esta es la misma ocasión  
que debiera desear  
tu Alteza, para mostrar  
su piadosa condición,  
y más donde el condenado  
ser inocente podría;  
que hasta agora de García  
no sabemos si ha pecado.  
Julia sólo el pensamiento  
de Anarda me ha referido;  
pero no que él haya sido  
cómplice de aqueste intento  
Y la primera advertencia  
que Julia en esta ocasión  
me hizo, fué que Alarcón  
no te siga en esta ausencia;  
que cautamente sabrá  
dél si a tu enemiga estima;  
y siendo así, de su prima  
tales cosas le dirá,  
que la desdeñe injurioso,  
para que ella, desdeñada,  
de su amor desesperada,  
quiera al Conde por esposo  
Que mientras tenga esperanza  
de que él su amor corresponde,  
no hay pensar que verá el Conde  
en sus rigores mudanza.

PRINCIPE. Es agudo pensamiento.

JUAN. Con amor y con lealtad  
te sirve, y la voluntad  
da fuerza al entendimiento.  
Demás desto, considera  
que sabiendo tu afición,  
no se casará Alarcón,  
aunque querido la quiera.  
Y por un leve temor  
que asegura su nobleza,  
no ha de pagar mal tu Alteza  
a un hombre de tal valor.  
Ni permitas que Alarcón  
me tenga por falso amigo,  
pues de lo que hablé contigo  
vió nacer tu indignación;  
con que es forzoso entender  
que ingrato y villano soy,  
pues quito tu favor hoy

a quien vida me dió ayer.  
Bien temí yo tu castigo  
cuando te daba el recado;  
mas la ley de buen criado  
venció a la de buen amigo.  
Esto ha de bastar, señor,  
a que tomes otro acuerdo,  
si mis servicios no pierdo,  
si no me engaña tu amor.

PRINCIPE. Digo que me has convencido,  
y de haberlo desterrado  
estoy, Don Juan, lastimado,  
cuanto más arrepentido.  
Abrázame; que es razón  
dar premio a tu gran nobleza,  
y por ver esta fineza,  
estimo aquesta ocasión.

JUAN. Por tal dueño poco es dar  
la sangre, vida y honor.

Dame licencia, señor,  
de que lo vaya a alcanzar.

PRINCIPE. Será, Don Juan, darle indicio  
de liviana condición.

JUAN. Fia tu reputación  
de mi ingenioso artificio.

PRINCIPE. Como la ocasión no pueda  
colegir que esto ha causado,  
a lo que le he encomendado  
le dí que en la corte queda.

JUAN. ¿Partes luego?

PRINCIPE. Ya el rigor  
de mi airado padre ves.

JUAN. Para alcanzarte, a mis pies  
dará sus alas mi amor. (*Vase.*)

## **[ESCENA VIII]**

Salen CRIADOS.

[EL PRINCIPE, GERARDO, *los dos* PAJES *y otros* CRIADOS.]

PRINCIPE. ¿Puedo partir?

GERARDO. A tu Alteza  
todo aguarda apercebido.

PRINCIPE. ¿Quién duda que estás sentido,  
Gerardo, de mi aspereza?

GERARDO. Sólo tus pesares siento.

PRINCIPE. ¡Ah Gerardo! no te espante;  
que es pluma leve un amante,  
y celos y amor el viento.  
Alégrete este rubí, (*Dale una sortija.*)  
si por mi causa estás triste.  
Y tú, pues que me sufriste  
lo que sin razón reñí,  
(*Da a otro criado otra sortija.*)  
con este diamante, Otavio,  
publica tu sufrimiento;  
y a ti, el arrepentimiento



que tengo ya de tu agravio  
(*Da a otro una cadena.*)  
te diga aquesa cadena,  
que me confiesa obligado.

PAJE 1°. Aumente el cielo tu estado.

GERARDO. Alivie Anarda tu pena.

PAJE 1°. A su curso natural  
el río presto volvió.

GERARDO. ¿Quién a Príncipe sirvió  
tan piadoso y liberal? (*Vanse.*)

[*Habitación de García, en Madrid.*]

## [ESCENA IX]

Salen GARCIA y HERNANDO, de camino.

GARCIA. ¿Cómo está el Conde?

HERNANDO. No es nada.  
¡Un piquete siente así!  
Como es señor, es de vidrio,  
y está su vida en un tris.  
Tiene en la tabla del brazo  
una sangría sutil;  
que la manga de la cota  
no le llegaba hasta allí.  
Una vena le rompiste;  
desangrábese, y así  
se desmayó; ya está bueno,  
y ha pedido de vestir.

GARCIA. Huélgome. ¿Vienen las postas?

HERNANDO. Ya comenzaba a subir  
el postillón, batanado  
en el angosto rocín.

GARCIA. Mucho tarda a mi deseo.

HERNANDO. Esto ¿es irte, o es huir?

GARCIA. ¡Fuego de Dios en amores  
y privanzas de Madrid!

HERNANDO. ¿Esos dos polos quisiste  
con tus dos manos asir?  
A entrambos pierde de vista  
el ingenio más sutil,  
y el que más alcanza, dice  
que ha de conservarse aquí  
Ganimedes con embuste,  
y con dinero Amadís.  
Andas en cueros por las calles  
despreciado el dios Machín,  
y como se ve tan pobre  
y ciego, ha dado en pedir.  
En amaneciendo Dios,  
ya en chinela, ya en chapín,  
de los nidos salen bandas  
de busconas a embestir,  
todas buscando el dinero,  
no al galán sabio y gentil:  
quien no tiene es un demonio,  
y quien tiene, un serafín.  
Ninguno cumple deseo,  
si bien lo adviertes, aquí;

que el pobre jamás llegó  
de sus intentos al fin;  
y el rico, si no desea,  
¿cómo lo puede cumplir?  
Porque antes de desear,  
alcanza el rico en Madrid.  
Sin estos inconvenientes,  
considero yo otros mil,  
que es un asno el que en la corte  
con ellos quiere vivir.  
Un lancero ¿a quién no mata  
con un cuerpazo hasta allí,  
dando voces como truenos,  
que hacen los perros huir?  
¿A quién no cansa un barbón  
con un tiple muy sutil,  
lastimero y recalzado,  
diciendo: *ili portuguí?*  
¿Quién sufre un burro aguador,  
que me sabe distinguir  
a mí de un poste, y se aparta  
del poste, y me embiste a mí?  
¿Quién sufre un cochero esento  
cuya lanza cocheril  
rompe más entre cristianos  
que entre moros la del Cid?

GARCIA. ¿Esas cosas te dan pena?

HERNANDO. Estas me la dan a mí,  
que son con las que se roza  
la jerarquía servil.  
Y si cosas tan menudas  
me desesperan así,  
¿cuál estará entre las grandes  
el que juzgan más feliz?  
¡Buena pascua! Vamos presto:  
nunca tan cuerdo te ví;  
que aquí todo es embeleco,  
todo engaño, todo ardid.  
Al que promete aquí menos,  
y al que cumple más aquí,  
el pronóstico de Cádiz  
no se la gana a mentir.  
Coche y Prado son su gloria,  
y esta se reduce al fin  
a mirarse unos a otros,  
y andar de aquí para allí.  
Pero las postas son estas.

GARCIA. Pues alto, Hernando, a subir.

HERNANDO. Bien puedes; que a punto están  
la maleta y el cojín. (Vase.)  
Adiós, corte; adiós, Anarda.

## [ESCENA X]

Sale DON JUAN.

[DON JUAN, GARCIA.]

JUAN. Los caballos despedid;  
que os manda quedar su Alteza  
en la corte.

GARCIA. ¡Qué decís!

JUAN. Que cesó la causa ya  
por que os mandaba partir,  
y así ha cesado el efeto.

GARCIA. ¿Y puedo saberla?

JUAN. Sí.

GARCIA. Decilla presto, Don Juan.  
¿Qué causa al Príncipe di  
de tan repentino enojo?

JUAN. Erráisos, Garci-Ruiz.  
No de enojo, mas de amor  
mudó el clavel en jazmín,  
por una nueva que yo  
de vuestro riesgo le dí.

GARCIA. ¿Y era el riesgo...?

JUAN. Del enojo  
del Rey.

GARCIA. ¿Del Rey contra mí?

JUAN. Por la herida de Mauricio.

GARCIA. Pues ¿quién le pudo decir  
que fuí yo el actor?

JUAN. No sé:  
por esto os mandó partir,  
como os ama, temeroso  
de algún suceso infeliz;  
y el enojo que en él vistas  
fué contra el pecho ruin  
que a indignar al Rey con vos  
dió aliento a la lengua vil.  
Entró luego a ver al Rey,  
y díjole con ardid  
cómo a Toledo, García,  
os llevaba a vos y a mí.  
Que nos llevase en buena hora,  
dijo su padre, y de aquí,  
que era falsa, colegimos,  
la nueva que yo le dí;  
que a estar con vos indignado,  
no os permitiera seguir  
al Príncipe, y en su rostro  
que mintió la fama ví.  
Con esto y con que a su Alteza  
libraros, Garci-Ruiz,  
de cualquier riesgo es más fácil  
que no apartaros de sí,  
os manda quedar, y encarga  
a ese esfuerzo varonil  
lo que con voz ha tratado.

GARCIA. ¿Y es menester para mí  
este recuerdo? A su Alteza,  
Don Juan amigo, decid  
que sólo triste partía  
de pensar que le ofendí,  
y, alegre de que fué engaño,  
quedo a servirle en Madrid.

JUAN. Dadme los brazos, García.

GARCIA. Don Juan, ¿tan presto os partís?

JUAN. Al Príncipe he de alcanzar,  
que va a Illescas a dormir.  
(Ap. Ni más por tí pude hacer,  
ni más te puedo decir;  
valor y prudencia tienes,  
tú sabrás mirar por tí.) (Vase.)

## [ESCENA XI]

GARCIA. Encontró Amor a la Fortuna un día,  
émula de su imperio soberano;  
de Aqueloo las reliquias una mano,  
y la rueda fatal otra movía.

El soberbio rapaz la desafía,  
y el arco flecha; pero flecha en vano;  
que no la ofende su poder tirano,  
si el cetro menos él della temía.

Al fin, reconocidos por iguales,  
dios cada cual en cuanto ciñe Apolo,  
ni él las viras dejó, ni ella los giros.

¿Qué tanto soy contra enemigos tales?  
No se vencen los dioses ¿y yo solo  
bastaré a sus mudanzas y sus tiros? (*Vase.*)

[*Sala en casa de Anarda.*]

## [ESCENA XII]

Salen JULIA, ANARDA e INÉS.

JULIA. En lo que ahora te digo,  
mi amor te quiero mostrar.  
A Mauricio, tu enemigo,  
el Rey pretende casar  
contra tu gusto, contigo,  
y siguiendo aqueste intento,  
vendrá agora de su parte  
quien acabe el pensamiento,  
con orden para llevarte,  
si resistes, a un convento.

ANARDA. Cuando la mano le dé  
al Conde, o no tendré seso,  
Julia, o sin vida estaré.

JULIA. Si te resuelves en eso,  
un consejo te daré.

ANARDA. Ya, prima, tu lengua tarda.

JULIA. Éntrate al punto en el coche;  
del furor del Rey te guarda;  
que yo desde aquí a la noche  
haré tu negocio, Anarda.

ANARDA. Bien dices.

JULIA. Presto; que ya  
vendrá la gente que digo.

ANARDA. (*Llamando.*) ¡Hola! El coche.

INÉS. Puesto está.

ANARDA. El manto. Inés, ven conmigo.

JULIA. Las cortinas llevará  
tendidas el coche, prima:  
no sepan que vas en él.

ANARDA. Mucho tu amistad me anima;  
que es una amiga fiel  
la joya de más estima.

### **[ESCENA XIII]**

[JULIA.]

JULIA. (*Ap.*) ¡Qué bien la supe engañar!  
Quien camina descuidado  
es fácil de saltar.  
Agora pienso acabar  
el enredo comenzado.  
Con esto a mi amor quité  
el mayor impedimento;  
que como a solas esté  
con Alarcón, a mi intento  
hoy dulce puerto daré.  
Hoy lograré mi esperanza;  
porque es necio el que no entiende  
que hay peligro en la tardanza,  
si con brevedad no alcanza  
quien con engaños pretende.

### **[ESCENA XIV]**

Sale BUITRAGO.

[BUITRAGO y JULIA.]

JULIA. Anarda ¿fuése?

BUITRAGO. Imagina  
cada caballo español,  
según con ella camina,  
que lleva en el coche al sol,  
y que es nube la cortina.

JULIA. ¿Viene Alarcón?

BUITRAGO. Al momento  
me respondió que venía. (*Vase.*)

JULIA. Sus pasos son los que siento,  
pues se alegra el alma mía  
y se turba el pensamiento.

### **[ESCENA XV]**

Salen GARCIA y HERNANDO.

[JULIA, GARCIA y HERNANDO.]

GARCIA. Sujeto a vuestro mandado  
vengo a ver lo que queréis:  
nada me encubra el cuidado,  
pues me confieso obligado  
a la merced que me hacéis.

JULIA. Gloria ilustre de Alarcón,  
este cuidado que os nuestro  
no os pone en obligación,  
porque por mi honor, el vuestro  
procuro en esta ocasión.  
Casarse con vos intenta  
mi prima, que hacer pretende  
a vos y a su sangre afrenta;

y como en ella me ofende,  
tomo el remedio a mi cuenta.  
Del vuestro pende mi honor,  
y aunque para defendello,  
casado, tendréis valor,  
viendo el peligro, es mejor  
evitallo que vencello.

GARCIA. ¿Posible es que sólo el celo  
de lo que apenas os toca  
os causa tanto desvelo?  
Más viva causa recelo  
que a tal cuidado os provoca.

JULIA. (*Ap.* Temblando está mi edificio;  
esfuércelo otra invención.)  
Parte es celo, parte oficio  
que paga la obligación  
en que me ha puesto Mauricio.  
A su ruego lo he intentado,  
y porque mi honor mejora;  
y no habiéndolo alcanzado,  
a ser tema viene agora  
lo que fué razón de estado.  
Pero ¿qué sirve que os cuente  
la causa? El efeto ved  
a vuestro honor conveniente;  
si es buena el agua, bebed  
sin preguntar por la fuente.  
Yo os digo, Alarcón, verdad,  
la causa cual fuere sea:  
después, de vos os quejad;  
sólo en el Príncipe emplea  
Anarda su voluntad.  
No os mueva el falso favor  
de aquel honesto fingir,  
porque su intento traidor  
es, con vuestra mano, abrir  
las puertas a ajeno amor.  
Y porque sepáis, García,  
si apresuran vuestro daño  
(que esto a vos sólo podía  
decirse) (*Ap.* con este engaño  
he de hacer gran batería),  
Anarda a cierto lugar  
parte agora, igual al viento,  
adonde la fué a esperar  
su Alteza, para trazar  
el fin deste casamiento.

GARCIA. ¡Que un pensamiento traidor  
quepa en sangre principal!

JULIA. Como eso puede el amor,  
pues que te prevengo el mal,  
prevén remedio a tu honor.

GARCIA. El no casarme con ella  
es el remedio.

JULIA. Alarcón,  
si él llega a mandallo, y ella  
da la mano, ¿qué razón  
has de dar de no querella,  
y más cuando tu de amor  
a Anarda muestras has dado?  
Viéndote así retirar,  
¿por fuerza no han de pensar  
que su intención te he contado?  
Pues mira tú si es razón  
que con el bien que te he hecho  
granjee su indignación.

GARCIA. No cabe en mi noble pecho  
ingrata imaginación.

JULIA. Y por tí también es justo  
que algún ímpetu violento  
temas del Príncipe injusto,  
o porque no haces su gusto,  
o porque sabes su intento.  
Si ve su pecho real  
que sabes falta tan grave  
dél, teme un odio mortal;  
porque todos quieren mal  
a quien sus delitos sabe.

GARCIA. Ya que a mi incauto navío  
mostraste con pecho fiel  
el fiero oculto bajío,  
sólo en tu valor confío,  
Julia, que lo libres dél.  
Aconséjame.

JULIA. El consejo  
edad y prudencia quiere.

GARCIA. Mi amor en tus manos dejo;  
que al más sabio y al más viejo  
tu claro ingenio prefiere.

JULIA. Pues tanto te satisface  
mi voluntad conocida,  
que en tu bien discursos hace,  
digo que la diestra herida  
de la misma herida nace.  
Si te ofenden con casarte,  
el casarte te defienda;  
busca a quien pueda igualarte,  
y antes que el Príncipe entienda  
que se trata, has de obligarte.

GARCIA. ¡Fuerte remedio!

JULIA. Violento;  
mas pídelo el mal cruel,  
y un honrado pensamiento  
fácil arriesga el contento,  
si aguarda el honor con él.

GARCIA. ¡Ay cielos! ¿Tanto rigor?...

JULIA. (*Ap.*) Ayude amor mi esperanza.

GARCIA. ¿Con hombre de mi valor?  
¿Esto es corte? ¿Esto es privanza?  
¿Esto honra?

JULIA. (*Ap.*) ¿Y esto amor?

GARCIA. ¿Cómo quieres que halle yo  
mujer?...

JULIA. Si se determina  
tu pecho a lo que me oyó,  
quien el remedio ordenó  
te dará la medicina.

GARCIA. ¿Mujer igual a quien soy  
me darás?

JULIA. Digo que sí.

GARCIA. Pues determinado estoy.

JULIA. ¿Dirás que es igual a ti,  
si igual a mí te la doy?

GARCIA. Y que excede a mi deseo.

JULIA. Pues en tí, noble Alarcón,  
tan ilustres glorias veo,  
que a la mayor presunción  
pueden dar honroso empleo.  
Mas cuando en casar contigo,  
mucho de mi honor perdiera,  
que diera la mano digo,  
si de esa suerte saliera  
con el intento que sigo.

GARCIA. ¿Qué dices?

JULIA. ¿De qué te alteras?

GARCIA. ¿Agora das en probarme?

JULIA. Las causas que consideras  
me fuerzan; mas ¿obligarme  
tú por ti no merecieras?

GARCIA. (*Ap.* Grandes malicias advierto:  
mucho me da que entender  
aqueste nuevo concierto.  
Si me quiere esta mujer,  
el engaño he descubierto,  
yo lo veré.) Mi esperanza  
de un favor tan soberano  
teme el engaño o mudanza.

JULIA. ¿Darás crédito a la mano,  
si la lengua no lo alcanza?

GARCIA. ¡Cuánto estimara tu intento,  
a ser hijo del amor!

JULIA. Basta; no me des tormento;  
no engendra solo el honor  
tan resuelto pensamiento.

GARCIA. ¿Luego en efeto me quieres?  
Díme, por Dios, la verdad.

JULIA. ¡Qué discreto, Alarcón eres!  
No dicen más las mujeres  
de mi estado y calidad.

GARCIA. ¿Pues y Don Juan? ¿Qué diría?  
Que sé que te quiere bien.

JULIA. Eso a mi cuenta, García.

GARCIA. Corre a la mía también,  
porque de mí se confía.

JULIA. Don Juan sólo se entretiene,  
porque al Príncipe acompaña  
cuando a ver a Anarda viene;  
mas ni mi favor le engaña,  
ni es amor el que me tiene.  
Y cuando me tenga amor  
con que te obligue a lealtad,  
mira si se está mejor  
el conservar su amistad  
que dar remedio a tu honor.  
Si no le piensas callar  
lo que hemos tratado aquí,  
tu intención ha de estorbar;  
que ha de querer agradar  
más al Príncipe que a ti,  
y no es razón que lo intentes  
en mi daño.

GARCIA. En todo hallo  
montañas de inconvenientes.



JULIA. Los del honor son urgentes.

GARCIA. Déjame por hoy pensallo.

JULIA. El remedio que te doy,  
consiste en la brevedad.

GARCIA. Ya de eso advertido voy,  
y de que a tu voluntad,  
obligado, Julia, estoy. (*Vase.*)

JULIA. Grandes cosas he emprendido,  
y mis enredos extraños  
lo posible han excedido;  
mas quien de amor no ha sabido  
no condene mis engaños.  
Buitrago.

## **[ESCENA XVI]**

Sale BUITRAGO.

[JULIA y BUITRAGO.]

BUITRAGO. Señora.

JULIA. Id  
donde mi prima os aguarda,  
y que se venga decid.

BUITRAGO. En el Soto está.

JULIA. Y si Anarda  
algo os pregunta, advertid... (*Vanse hablando.*)

[*Calle.—Es de noche.*]

## **[ESCENA XVII]**

Sale HERNANDO, de noche.

[*Contando las horas que da un reloj.*]

Dos, tres, cuatro, cinco, seis,  
siete, ocho, nueve, diez, once.  
¡Válgate Dios por mujer!  
¿Has de venir esta noche?  
¡Que a estas horas esté fuera  
una doncella! ¡Qué azotes!  
¡Pobre coche el que una vez  
una ballenata coge!  
Piensa que el cochero es piedra  
y los caballos de bronce,  
y la noche, cuando viene,  
lleva dos mil maldiciones.  
¡Poh! ¡Mal hubiesen los gatos  
que dan algalia a estos botes!  
Ya empiezan las cosas malas  
de entre las once y las doce.  
Como salen a tal hora  
en otras partes visiones,  
en Madrid por las narices  
espantan diablos fregones.  
¿Otro? ¡Mal haya la Arabia  
que engendra tales olores!  
Agora huele a adobado,  
y es la quinta esencia entonces.  
Coche suena; por la calle

sube de los Relatores...  
¡Señor, señor!

### [ESCENA XVIII]

Sale GARCIA. [GARCIA y HERNANDO.]

GARCIA. ¿Qué hay, Hernando?

HERNANDO. Por acá, que viene un coche.

GARCIA. ¿Si será Anarda?

HERNANDO. La vuelta  
da hacia su casa: paróse.  
Mujeres son.

GARCIA. Ello es cierto.  
Claramente se conoce  
que Julia dijo verdad.

HERNANDO. ¡Dos solas, y a media noche!

### [ESCENA XIX]

Salen ANARDA e INÉS, con mantos.

[ANARDA, INÉS, GARCIA y HERNANDO.]

GARCIA. Escucha, Anarda.

ANARDA. [*Acercándose a la puerta de su casa.*]  
¿Quién es?  
¡Hola! Una luz.

GARCIA. No dés voces.  
Alarcón soy.

ANARDA. ¡Vos, señor!  
¿Qué queréis?

GARCIA. No te alborotes.

ANARDA. ¿De qué, dónde vos estáis?  
(*Tira Anarda a Inés con temor hacia sí.*)

INÉS. [*Ap. a su ama.*]  
Ya entiendo. (*Ap. El manto me rompe.*)

GARCIA. Perdonad mi grosería,  
si lo es preguntar de dónde  
viene sola y a estas horas  
una doncella tan noble.

ANARDA. Aunque para hablar no es este  
tiempo ni lugar conforme,  
aquel es tiempo y lugar  
donde riesgo el honor corre.  
Díjome Julia que el Rey  
determinado dispone,  
o que me entre en un convento  
o que dé la mano al Conde,  
y que esta tarde vendría  
su gente por mí, con orden  
de ejecutar este intento;  
que con mi ausencia lo estorbe;  
que ella, ausente yo, daría  
traza como no se logre

el intento de Mauricio.  
Aprobélo, tomé el coche,  
y solas Inés y yo  
nos fuimos al Soto, donde  
un escudero de Julia  
al anochecer llamóme.  
Yo, que de espías del Rey  
es fuerza que miedo cobre,  
hasta las horas que veis  
no quise salir del bosque.

GARCIA. (*Ap.*) Con lo que a su prima oí,  
esto ¿qué tiene que ver?  
A Anarda llego a creer,  
y a Julia también creí.  
¡Ay de mí! ¿en qué ha de parar  
la confusión de mi pecho?

ANARDA. ¿No estás, señor, satisfecho?

GARCIA. (*Ap.*) ¡Ah Dios! ¿Quién pudiera hablar?

ANARDA. ¿No hablas?

GARCIA. ¿Tú fuiste, Anarda...?  
(*Ap.* Por Dios que estoy por decillo.)  
¿A verte?... ¿con el Sotillo?...

ANARDA. ¿Qué dices?

GARCIA. Digo que... Aguarda...  
Que fuiste tú...

ANARDA. ¿Adónde fuí?

GARCIA. ¡Jesús, que priesa me das!

ANARDA. ¿No ves que en la calle estás,  
y que yo estoy mal aquí?

GARCIA. Digo... (*Ap.* No puedo en efeto;  
que si Anarda me ha mentido,  
es darme por entendido  
y descubrir el secreto.)

ANARDA. Si pones en mi verdad  
y en mi honor dudas, advierte  
que yo en el satisfacerte  
no pongo dificultad;  
con que adviertas, Alarcón,  
que la obligación entiendo  
de quien me pide, no siendo  
mi esposo, satisfacción;  
y te des por entendido  
de lo que te da a entender  
quien, no siendo tu mujer,  
satisfacerte ha querido.

GARCIA. ¿Tan torpe de entendimiento,  
tan ciego piensas que soy,  
que en tus tiernos ojos hoy  
no te leyese el intento?  
Y ¿tú decirme podrás  
que no te he dicho mi pena,  
que sólo el Príncipe enfrena  
los intentos que me das?

ANARDA. Que no ha de estorbarme, advierte,  
lo que convenga a mi honor,  
y eso supuesto, señor,  
yo quiero satisfacerte.

GARCIA. Luz es esta.

INÉS. Julia viene.

GARCIA. Y con ella la ocasión  
con que la satisfacción  
puedo tener que conviene.

ANARDA. Dí cómo.

GARCIA. Díle que soy  
el Príncipe, que, enojado,  
incrédulo y porfiado,  
celos pidiéndote estoy.  
Que ella la verdad refiera;  
y si concuerda contigo,  
que estoy satisfecho digo.

ANARDA. Soy contenta.

## **[ESCENA XX]**

Salen JULIA y BUITRAGO, con una luz; éntrase BUITRAGO  
con la luz; embózase GARCIA. [ANARDA, JULIA, INÉS, GARCIA y HERNANDO.]

ANARDA. Prima, espera.  
Quita la luz. [A Buitrago.]  
[Éntrase Buitrago con una luz, y embózase Don  
García.]

JULIA. He bajado  
a buscarte, prima, así,  
porque ha gran rato que oí  
el coche, y me dió cuidado.  
(Ap. ¡Oh celos!)

ANARDA. Me ha detenido  
su Alteza...

JULIA. (Ap.) Mi mal cesó.

ANARDA. Que por correrme, corrió  
la posta.

JULIA. (Ap.) Amor lo ha traído.

ANARDA. Díle, prima, lo que pasa;  
que me ha encontrado a la puerta,  
y es milagro no estar muerta,  
según en celos se abrasa.  
De dónde vengo le cuenta,  
y a qué de casa salí.

JULIA. Yo, señor, decir oí  
que el Rey, vuestro padre, intenta  
que Anarda la mano dé  
a Mauricio, su enemigo,  
o en un convento en castigo  
de su resistencia esté,  
y que hoy por ella enviaba  
para ejecutarlo así;  
yo al remedio me ofrecí,  
si al rigor el cuerpo hurtaba.  
Con esto al Soto partió,  
donde la nueva ha esperado,  
que Buitrago le ha llevado,  
de que la fama mintió.

ANARDA. ¿Estás satisfecho?

GARCIA. Sí.

ANARDA. Prima, ¿y nuestro tío?

JULIA. Ya  
entregado al sueño está.

ANARDA. Pues sube; que voy tras ti.

JULIA. Sin temer el menor daño  
puedes hablar hasta el día.  
(Ap. Quizá entre tanto García  
vendrá a confirmar mi engaño.) (Vase.)

## [ESCENA XXI]

[GARCIA, ANARDA, HERNANDO, INÉS.]

GARCIA. ¿Quién creyera que mentía  
tan bien compuesta invención?

ANARDA. Ya te di satisfacción.

GARCIA. Como tuya, Anarda mía.

ANARDA. ¿Qué determinas?

GARCIA. Rendir  
a tu gusto mi albedrío.

ANARDA. Dichosa yo si eres mío.

GARCIA. Nada lo puede impedir.

## [ESCENA XXII]

Salen DON JUAN y EL PRINCIPE, de camino; GERARDO.

[ANARDA, INÉS, EL PRINCIPE, DON JUAN, GARCIA, GERARDO,  
HERNANDO; luego BUITRAGO.]

JULIA. Rendidas quedan las postas.

PRINCIPE. Tal ha picado el amor.

JUAN. ¡La casa de Anarda abierta!

PRINCIPE. Sí; que estaba ausente yo.

JUAN. Tras la puerta hay una luz.  
¿Entraremos?

PRINCIPE. Ciego estoy,  
y la novedad obliga,  
si convida la ocasión.

JUAN. Aquí hay gente. ¿Quién va allá?

GARCIA. Don Juan y el Príncipe son.

ANARDA. Sacad, Buitrago, esa luz. (*Saca la luz.*)

PRINCIPE. ¿Es Anarda?

ANARDA. Sí, señor.

PRINCIPE. ¿Quién está contigo?

GARCIA. ¿Quién  
puede estar, sino Alarcón,  
si por guardia vigilante  
vuestra Alteza me dejó?

PRINCIPE. ¡En el zaguán y a tal hora,  
solos y a oscuras los dos!

GARCIA. En este punto, de fuera,  
señor, Anarda llegó,  
y yo, que estaba en espía  
con los celos de tu amor,  
de venir tan tarde estaba  
preguntando la ocasión.

PRINCIPE. [*Ap. a él.*] Rabio, Don Juan.

JUAN. [*Ap.*] Disimula.

PRINCIPE. El seso perdiendo estoy.

JUAN. Toma de Julia el consejo:  
de dos daños el menor.  
Dala por esposa al Conde,  
y, aunque con esa pensión,  
verás fin en tu deseo,  
y no en el suyo estos dos.

PRINCIPE. Gerardo, busca a Mauricio,  
y dí que lo llamo yo. (*Vase Gerardo.*)

### **[ESCENA XXIII]**

Salen JULIA y DON DIEGO.

[ANARDA, JULIA, INÉS, EL PRINCIPE, DON JUAN, GARCIA, DON  
DIEGO, HERNANDO, BUITRAGO.]

JULIA. ¡En esta casa su Alteza!

DIEGO. ¿Qué novedades, señor,  
a tal exceso os obligan?

PRINCIPE. Noble Don Diego Girón,  
para evitar los disgustos  
que hay entre Mauricio y vos,  
quiero dar esposo a Anarda,  
y hacer estas paces yo.

DIEGO. De vuestra mano real  
es, señor, tan noble acción.

ANARDA. ¿Con quién, señor me casáis?

PRINCIPE. Al Conde, Anarda, te doy.

ANARDA. Para hacer así las paces,  
menester no érades vos;  
que ya fuera mi marido,  
si hubiera querido yo.  
Hacer lo que otro no puede  
es milagro del valor:  
y así, pues hacer las paces  
el vuestro nos prometió,  
y cumplirlo es imposible  
si al Conde la mano doy;  
para que cumplir podáis  
tan precisa obligación,  
a Garci-Ruiz la mano  
con vuestra licencia doy.

PRINCIPE. [*Ap. con Don Juan.*]  
Arrojóse.

JUAN. Él no querrá;

que es leal, y ve tu amor.

PRINCIPE. [*A Anarda.*] ¿Sabes que querrá García?

GARCIA. Si quisiera a Anarda yo  
de suerte, que mi mal diera  
a la envidia compasión,  
no me casara, no siendo  
con vuestro gusto, señor.

PRINCIPE. ¡Qué bien dijiste, Don Juan!  
Vos, García, sois quien sois,  
y sois mi primer amigo  
y mi privado mayor.

GARCIA. Al Príncipe, Anarda, debes  
esta mano que te doy;  
porque, a no querer su Alteza,  
no me obligara tu amor.

PRINCIPE. ¿Qué decís?

GARCIA. Vos ¿no queréis  
casalla?

PRINCIPE. ¿Yo?

GARCIA. Sí, señor.

PRINCIPE. Con el Conde.

GARCIA. Con el Conde;  
pero si habéis dicho vos  
que vuestro mayor amigo  
y mayor privado soy,  
lo que dábades al Conde,  
¿cómo puedo pensar yo  
que me lo neguéis a mí?

HERNANDO.  
(*Ap.*) Concluyólo, vive Dios.

PRINCIPE. Sofísticos argumentos  
en el vasallo, Alarcón,  
arguyen claras malicias,  
sin disculpar el error.  
Idos luego a vuestra tierra,  
porque nunca bien sirvió  
el que con su dueño arguye.

GARCIA. Puesto que el vivo dolor  
de haberos dado disgusto  
me atraviesa el corazón,  
vuestro mandado obedezco,  
y por él gracias os doy,  
pues que trueco al bien de Anarda  
los males de la ambición.

JUAN. Señor, mira que García...  
y su valor...

(*Hablan los dos en secreto.*)

PRINCIPE. Siempre vos...

JULIA. Al fin, necio ¿de su Alteza  
perder quisiste el favor?

GARCIA. Perdílo ganando a Anarda;  
*favores del mundo* son.

PRINCIPE. Vos lo pedís, y García  
tiene disculpa en su error.

JUAN. Alarcón, ya de su Alteza

tengo alcanzado el perdón.

GARCIA. Su benigno pecho alaben  
cuantos gozan luz del sol.

HERNANDO.  
Tantas vueltas en un día,  
¿cuándo fortuna las dió?

JUAN. Julia, cumplid la palabra  
que me distes.

PRINCIPE. Siendo yo  
el padrino, bien podéis.

JULIA. Ya es forzoso; vuestra soy.

BUITRAGO. El Conde viene.

HERNANDO. ¡A buen tiempo!

## **[ESCENA XXIV]**

*Sale el Conde.*

[ANARDA, JULIA, INÉS, EL PRINCIPE, EL CONDE, DON JUAN,  
GARCIA, DON DIEGO, GERARDO, HERNANDO, BUITRAGO.]

CONDE. Aunque sin salud, señor,  
salí luego a obedeceros.

PRINCIPE. Yo mismo el tercero soy  
para que le deis la mano,  
Conde, a Don Diego Girón.

CONDE. Pensé que a Anarda.

PRINCIPE. Ya Anarda  
es esposa de Alarcón;  
y no os pese, que a fe mía  
que os ha importado el honor.

CONDE. Pues Vuestra Alteza lo manda,  
soy su amigo.

DIEGO. Vuestro soy.  
*Y los favores del mundo*  
dan fin, y piden perdón.

---

## **CORRIGENDA.**

La indicación de escena al principio del acto tercero, que dice "La calle frente a la casa de Anarda", debería decir: "Sala en la casa de Anarda".

Sobre rimas probablemente equivocadas, véase la nota al pie de la página 106.

ERRATAS. (ya corregidos)

Página Línea Dice Debe decir

18 29 situacinoes situaciones

19 28 nostoros nosotros

30 10 alcalde alcaide

34 14 albrooto alboroto

42 17 hazaañas hazañas



47 2 que un si un  
68 13 portuna fortuna  
79 17 el Príncipe al Príncipe  
89 25 ya y a  
90 28 si viniere si mi tío viniere  
92 2 Cunado Cuando  
95 24 diréeos diréos  
115 20 vidrio vidro  
117 19 essento esento  
119 6 Por la (suprímase)

## NOTAS:

- [1] José Antonio Jiménez y Frías, *El Fénix de los mineros ricos de la América*. México, 1779.
- [2] —A. Peñafiel, *Ciudades coloniales y capitales de la República mexicana, Estado de Guerrero*, México, 1908.—*La arquitectura en México, Iglesias*, por Genaro García y Antonio Cortés. México. 1914.
- [3] V. sobre la arquitectura de México la obra de Sylvester Baxter, *Spanish-Colonial Architecture in Mexico*. Boston, 1901, y la utilísima de Federico E. Mariscal, *La patria y la arquitectura nacional*, México, 1915.
- [4] —J. García Icazbalceta, *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*, México, 1886, y José Toribio Medina, *La Imprenta en México*, Santiago de Chile, 1907-12.
- [5] J. García Icazbalceta, prólogo de los *Coloquios Espirituales y Sacramentales*, de Fernán González de Eslava, México, 1887; Luis González Obregón, *México Viejo*, 1521-1821, México, 1900; diversas ediciones de autos mexicanos hechas por F. del Paso y Troncoso; y F. A. de Icaza, *Orígenes del teatro en México*, Boletín de la Real Academia Española, 1915, II, 57-76.
- [6] *Los favores del mundo*, acto II, escenas 1 y 2, y *La Verdad sospechosa*.
- [7] *Amar por señas*, acto I, escena I.
- [8] "Tormento" pone el texto original; pero el sistema de rimas de los tercetos exigiría otra palabra, como "tristeza". Cf. con el final de la pág. 87, donde el sistema de rimas de las quintillas exigiría que el verso dijera: "; Ay de amor puesto en mujeres!" en vez de "en mujer."

\*\*\* END OF THE PROJECT GUTENBERG EBOOK LOS FAVORES DEL MUNDO \*\*\*

Updated editions will replace the previous one—the old editions will be renamed.

Creating the works from print editions not protected by U.S. copyright law means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties. Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg™ electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG™ concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for an eBook, except by following the terms of the trademark license, including paying royalties for use of the Project Gutenberg trademark. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the trademark license is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose such as creation of derivative works, reports, performances and research. Project Gutenberg eBooks may be modified and printed and given away—you may do practically ANYTHING in the United States with eBooks not protected by U.S. copyright law. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

START: FULL LICENSE  
THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE  
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg™ mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the

phrase “Project Gutenberg”), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg™ License available with this file or online at [www.gutenberg.org/license](http://www.gutenberg.org/license).

## **Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg™ electronic works**

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg™ electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg™ electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg™ electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. “Project Gutenberg” is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg™ electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg™ electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg™ electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation (“the Foundation” or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg™ electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is unprotected by copyright law in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg™ mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg™ works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg™ name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project Gutenberg™ License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg™ work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country other than the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg™ License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg™ work (any work on which the phrase “Project Gutenberg” appears, or with which the phrase “Project Gutenberg” is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere in the United States and most other parts of the world at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org). If you are not located in the United States, you will have to check the laws of the country where you are located before using this eBook.

1.E.2. If an individual Project Gutenberg™ electronic work is derived from texts not protected by U.S. copyright law (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase “Project Gutenberg” associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg™ trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg™ electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg™ License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg™ License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project

Gutenberg™.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg™ License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg™ work in a format other than “Plain Vanilla ASCII” or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg™ website ([www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original “Plain Vanilla ASCII” or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg™ License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg™ works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg™ electronic works provided that:

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg™ works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg™ trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, “Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation.”
- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg™ License. You must require such a user to return or destroy all copies of the works possessed in a physical medium and discontinue all use of and all access to other copies of Project Gutenberg™ works.
- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the electronic work is discovered and reported to you within 90 days of receipt of the work.
- You comply with all other terms of this agreement for free distribution of Project Gutenberg™ works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg™ electronic work or group of works on different terms than are set forth in this agreement, you must obtain permission in writing from the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the manager of the Project Gutenberg™ trademark. Contact the Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread works not protected by U.S. copyright law in creating the Project Gutenberg™ collection. Despite these efforts, Project Gutenberg™ electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain “Defects,” such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the “Right of Replacement or Refund” described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg™ trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg™ electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH 1.F.3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any)

you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS', WITH NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg™ electronic works in accordance with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg™ electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg™ work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg™ work, and (c) any Defect you cause.

## **Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg™**

Project Gutenberg™ is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need are critical to reaching Project Gutenberg™'s goals and ensuring that the Project Gutenberg™ collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg™ and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4 and the Foundation information page at [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org).

## **Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation**

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non-profit 501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's business office is located at 809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801) 596-1887. Email contact links and up to date contact information can be found at the Foundation's website and official page at [www.gutenberg.org/contact](http://www.gutenberg.org/contact)

## **Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation**

Project Gutenberg™ depends upon and cannot survive without widespread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine-readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit [www.gutenberg.org/donate](http://www.gutenberg.org/donate).

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations

from donors in such states who approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make any statements concerning tax treatment of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg web pages for current donation methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit: [www.gutenberg.org/donate](http://www.gutenberg.org/donate)

## **Section 5. General Information About Project Gutenberg™ electronic works**

Professor Michael S. Hart was the originator of the Project Gutenberg™ concept of a library of electronic works that could be freely shared with anyone. For forty years, he produced and distributed Project Gutenberg™ eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg™ eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as not protected by copyright in the U.S. unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Most people start at our website which has the main PG search facility: [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org).

This website includes information about Project Gutenberg™, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.